

PETER KAPRA

DESAFÍO ESPACIAL

PETER KAPRA

DESAFÍO ESPACIAL

Ediciones TORAY

Arnaldo de OMS, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Depósito Legal: B. 24.045 1969

Printed in Spain Impreso en España

Impreso en los T. G. de EDICIONES TORAY, S. A. - Espronceda 320
BARCELONA - 13

CAPITULO PRIMERO

—Atención, por favor. Llaman al señor Kurt Flagel a la cabina de comunicación número dos.

El hombre joven que estaba observando una «placa visora» en un rincón de la sala de pasaje, se envaró.

Miró en derredor, como sobresaltado, encontrándose con varios rostros inquisitivos y curiosos, y se levantó rápidamente, como para alejarse de la curiosidad colectiva. No pudo evitar, empero, que una preciosa muchacha de cabellos negros y ojos inmensos, se le interpusiera en su camino, saliendo de detrás de una mesita, en la que había estado escribiendo sobre las grises hojas de un papel «acerado».

—¿Es usted Kurt Flagel, del «Smiorn?» —preguntó.

—Lo siento... Disculpe —balbuceó él, desviándose.

—Soy informadora de la cadena «T.D.C.» ¡Se lo suplico, señor!

El hombre vestía un «kaft» plateado, de gran precio. Sus movimientos eran un tanto nerviosos al sortear las mesas, asientos y personas de la sala de viajeros. Antes de que nadie pudiera reaccionar, se había situado en la puerta corrediza del pasillo de comunicaciones. La puerta se abrió y se cerró al mismo tiempo.

Detrás, había un tripulante, uniformado.

—¿El señor Flagel? —preguntó solícito.

De un bolsillo interior del «kaft», Kurt extrajo su libreta de identificación. Iba allí su pasaje y su cuenta de crédito... ¡Una cuenta como muy poca gente en todo el sistema podía ostentar!

—Gracias. Pase a la cabina número dos.

El tripulante indicó una puerta angosta, abierta, que daba a una estrecha salita, en donde había un sillón giratorio, una pantalla visora y dos acústicos.

Nada más penetrar Kurt en la salita, la puerta se cerró automáticamente, empezando a funcionar un invisible renovador de aire.

Con desaliento, el joven se sentó y miró la pantalla visora, la cual se iluminó, apareciendo un hombre de unos cincuenta años, sentado detrás de una amplia mesa de trabajo. Era un sujeto de cabellos blancos, elegantemente vestido con un «kaft» rojo brillante y adornos de platino en los hombros, de mucho rango.

La expresión de aquel individuo, sin embargo, era suplicante, casi patética.

—¡Kurt! —fue lo primero que dijo, con voz emocionada.

Varios cientos de millones de kilómetros separaban en aquel

momento a padre e hijo. La astronave que los distanciaba aumentaba por segundos la separación.

—¿Qué hay, papá? —preguntó Kurt Flagel, con voz tensa e impersonal.

—¿Por qué has hecho esto, hijo? ¡Tu madre me ha llamado hace una hora! ¡Está aniquilada!

—Lo siento, papá. No tenía más remedio que hacerlo.

La expresión del padre cambió radicalmente, haciéndose autoritaria.

—¡No tienes derecho a irte de ese modo, como huyendo de nosotros! Tu puesto está aquí, junto a mí. ¿Qué es lo que te propones?

—Quiero ser yo mismo, papá. Quiero probarme que soy un ser humano y que tengo capacidad para desenvolverme sin tu agobiante y pesada montaña de dinero.

»Tengo veinticinco años. Soy un hombre y deseo mi vida... ¡No quiero morir ahogado en ese mundo de riqueza que has creado para mí!

—¡Ingrato! —estalló el padre, furioso—. ¡Cuántos quisieran tener lo que tú tienes! ¡Estás loco, Kurt, loco de remate! ¡Te haré revisar el cerebro en cuanto vuelvas!

—No volveré, papá... Por ahora.

— Ya lo creo que volverás. De eso puedes estar seguro. Ya he dado instrucciones para que esa nave espacial regrese inmediatamente a Tampa. Pasado mañana estarás aquí.

Kurt Flagel se puso en pie.

—¿Te has atrevido a disponer el regreso de esta nave a su punto de partida, con todos los pasajeros y su carga?

—Sí, ¡naturalmente! —exclamó Kurt Flagel, Sr., dando una palmada sobre el tablero de su mesa—. Puedo hacerlo y lo he hecho. Habré de recompensar al pasaje y a la compañía. Me costará doce millones de «bills», pero tú volverás a casa.

—No volveré, padre... ¡Lo haré cuando yo lo estime conveniente! Adiós.

De un golpe, Kurt empujó el pulsador y cortó la comunicación, poniéndose furiosamente en pie. Giró sobre sus talones y se dirigió a la salida, cuya puerta se abrió.

Fuera, junto al tripulante, estaba ahora el comandante Russell, jefe de la nave espacial, y la muchacha de la cadena de información, cuyo nombre era Diana Pomeroy, como Kurt habría de saber muy pronto.

Kurt pareció no ver a nadie y quiso alejarse hacia su camarote. El comandante Russell, empero, que vestía un uniforme violeta, muy brillante y ajustado, le detuvo.

—Por favor, señor Flagel. Deseo hablarle.

—¡Lo siento! —replicó Kurt, agriamente—. Yo no deseo hablar con nadie.

—Tiene usted la obligación de escucharme —insistió Russell.

—Bien. Hable de una vez. No estoy de humor para conversaciones… ¿Qué tiene usted qué decirme?

—Acabo de recibir un mensaje, ordenándome el inmediato regreso al punto de partida. Debo devolverle a usted junto a su padre.

—¡No lo haga, señor comandante, se lo suplico!

—¿Por qué, señor? —intervino la muchacha, tornándose pálida—. Debo estar en Imsk el día 12… ¡He sido nombrada corresponsal de la cadena T.D.C. en Urano, y necesito ese cargo!

—Será usted sobradamente recompensada, señorita Pomeroy —contestó el comandante Russell—. Las instrucciones que he recibido son las de dar media vuelta y regresar al punto de partida… ¡Y usted deberá permanecer encerrado en su camarote hasta que regresemos a la Tierra! Lo siento, señor Flagel. Pero no puedo hacer otra cosa.

—¡Claro que puede hacer otra cosa, señor Russell! —exclamó Kurt, furioso—. ¡Continúe viaje hacia Imsk!

—Sería expulsado por desobediencia a los jefes de mi compañía. Su padre de usted es accionista de la «Sideral Fly-traction Co.». Y un ruego suyo es una orden tajante de mis superiores. Lo lamento. No puede ser.

—¡Yo le daré a usted un millón de «bills» en cuanto lleguemos a Imsk, comandante Russell! —propuso Kurt, impetuosamente—. Eso le recompensará, en caso de despido. Piense usted en el trastorno que va a ocasionar a todos los viajeros por un capricho de mí padre.

Russell jamás en su vida había tenido un millón de «bills»». Su integridad vaciló. Con aquel dinero podía él enviar al cuerno a todos los directivos de la «Sideral Fly-traction Co.» e independizarse. Incluso podía adquirir un par de naves de carga y ser el dueño de su propia compañía. En Urano necesitaban pilotos espaciales para el transporte entre los satélites.

Pero un hombre dedicado cuarenta años a la navegación sidérea estaba imbuido de una disciplina estricta y férrea. Él no podía faltar a las normas de la compañía. Una orden, dentro de su código, era sagrada para él.

—No puedo, señor Flagel. Lo siento.

—¡Pues yo no permitiré esta arbitrariedad! —exclamó Diana Pomeroy con energía—. Comunicaré el desafuero a mi cadena informativa… ¡No podemos consentir, ni consentiremos, que los caprichos de un millonario nos perjudiquen! ¡Me niego a aceptar la

indemnización! ¡Deseo llegar a Imsk, sin pérdida de tiempo! ¡He pagado mi pasaje y tengo derecho a llegar a mi destino!

—La compañía podrá alegar que han surgido imposibilidades técnicas, señorita. Y hasta podría perder usted la indemnización, que ha de ser crecida.

—¡Yo no regresaré a la Tierra, comandante! Si es necesario, me quitaré la vida —dijo Kurt Flagel, resuelto.

* * *

Terry Cobourn se estremeció al escuchar la voz del comandante Russell diciendo que la astronave regresaba a su punto de partida.

—Dificultades técnicas nos impiden continuar el viaje orbital. Sin embargo, estoy facultado para informarles, asimismo, que serán debidamente recompensados por los trastornos que ello pueda representar.

¡Para Terry Cobourn, el regreso, podía significar la muerte!

—No debemos consentirlo —dijo la periodista Pomeroy, acercándose a un grupo de técnicos que estaban jugando a naipes—. ¡Esto es un abuso, una arbitrariedad!

—¿Por qué dice usted eso, señorita? —replicó un hombre de edad, aspecto tranquilo y venerable—. Está legislado que en caso de dificultades técnicas, la compañía no tiene obligación a indemnizarnos. Encuentro que son excesivamente generosos con nosotros.

—¡Estas dificultades técnicas no existen, juez Merrivelt! —exclamó Diana—. Yo les diré lo que pasa. El hijo del poderoso Kurt Flagel no quiere seguir bajo la dictadura de su progenitor y ha huido. Su deseo es vivir su propia existencia, lejos de la tutela de su padre. Y es éste el que, para impedirle huir, ha presionado a la compañía de vuelos espaciales para que regresen a Kurt Flagel, Jr.

—Pues yo me alegro —declaró un técnico—. Eso me permitirá pasar unos días más en La Tierra. Me han destinado a un laboratorio, a mil millas de Imsk, donde sólo veré el desierto durante cuatro años.

—¿Y por qué va, si no le gusta su trabajo? —preguntó Diana, con objeto de confundir al técnico.

—Eso son cuestiones personales mías, señorita.

Terry Cobourn, que no se había mezclado en esta conversación, se puso en pie y se dirigió hacia la salida. A él no le interesaban las discusiones pueriles de los demás pasajeros… ¡Él tenía que buscar la fórmula o el modo de no volver a Tampa!

Había logrado burlar la vigilancia de la policía. Pero dudaba lograrlo de nuevo. Se revisarían las documentaciones, posiblemente. Y

verían que la suya estaba falseada y que su nombre no era Albert Fisher… ¡De un modo u otro averiguarían que era Terence Cobourn y que estaba reclamado en San Francisco por asesinato y evasión!

Terry Cobourn se dirigió a su camarote. Encerrado allí, podía recapacitar, pensar y tratar de hallar la manera de salir del paso. Era lo peor que podía ocurrirle. El regreso significaba nuevos riesgos, mayores peligros. Y ya había corrido bastantes en los últimos dos años, desde que escapó de manos de la ley, eludiendo una sentencia de veinte años de reclusión.

Terry era un asesino profesional. Percibió diez mil «bills»» por disparar contra un hombre al que ni siquiera conocía. Le pagó una mujer, a la que ni siquiera vio el rostro, dentro de un automóvil, en Oak Park. Junto con el dinero había una fotografía de la víctima, que resultó ser el esposo desleal de una mujer celosa y ambiciosa.

El asesino estudió las facciones de su víctima y aprendió de memoria las instrucciones que le dieron.

Luego, lo destruyó todo. Era un profesional metódico. Al cabo de una semana, aguardó a su víctima, al salir de la oficina, y le metió dos balas explosivas en el cuerpo, que debieron matarle en el acto.

Así fue. Gregory Mclntish murió en el acto. Pero la policía de San Francisco estaba ensayando un sistema nuevo y revolucionario que habría de significar la búsqueda y captura de Terry. Él no había sabido muy bien en qué consistía el sistema. Lo que sí vio fue su fotografía, un tanto borrosa, ¡extraída de las retinas del muerto!

Mclntish, al morir, dejó en sus nervios ópticos la imagen de su asesino. Médicos y técnicos de la policía, ensayaron el nuevo procedimiento de «extraer»del sistema ocular del muerto la última imagen, captada segundos antes de la muerte, y así pudieron ampliar y reproducir las facciones de Terry.

Poco después, en un bar de Folkderry, el homicida era detenido. Sus antecedentes y el dinero que tenía indicaron que alguien le había pagado. Se detuvo también a la señora Mclntish y fue ésta la que terminó confesando. La estúpida mujer no llegó a disfrutar los bienes de su esposo. Se ahorcó dentro de su celda, a los pocos días.

Pero Terry logró escapar de la prisión. Toda la policía del país le estaba buscando. Y, ahora que se hallaba a bordo de una nave espacial, camino de las colonias de adaptación de Urano, donde se le ofrecía una existencia tranquila, en un mundo enteramente nuevo, quizá con posibilidades de éxito en su trabajo, una disputa estúpida entre un padre millonario y su hijo único estaba a punto de estropear todo su esfuerzo.

Terence Cobourn era otro de los que no estaba dispuesto a regresar

a Tampa. Para impedirlo era capaz ¿e llegar hasta el asesinato.

Y, al cabo de un rato, asociando ideas, bebiendo «ginex» y fumando intensamente, Terry llegó a la conclusión de que sería interesante una entrevista con Kurt Flagel Jr.

* * *

Kurt vio abrirse la puerta de su camarote y aparecer a Terry Cobourn, a quien había visto antes entre los pasajeros. Le sorprendió que el comandante Russell le hubiese dejado entrar.

Pero Terry se comportó de un modo raro, cerrando rápidamente la puerta y acercándose.

—He dormido al tripulante con gas somnífero.

—¿Eh?

Kurt tenía las manos esposadas a la barra de incorporación del lecho, sobre el que se encontraba tendido. Sin embargo, Terry sacó del bolsillo un pequeño objeto vibrador, con el que libró al detenido de sus enojosas manillas.

—Dispense, señor Flagel. He pensado en usted porque su caso es semejante al mío. Por ningún concepto deseo regresar a La Tierra.

Kurt se frotó las muñecas al quedar libre. Luego se incorporó.

—¿No desea volver a La Tierra?

—No. A usted le ocurre lo mismo. Juntos podemos conseguir nuestro propósito. Hay alguien más que puede secundarnos.

—¡Eso me parece estupendo! ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Albert Fisher y las razones que tengo para desear continuar el viaje no hacen al caso. Bástale saber que es vital para mí llegar a Imsk, sin contratiempos.

—De acuerdo, Fisher —respondió Kurt—. Yo tampoco quiero volver a casa. ¿Cuál es el plan?

—Obligar al comandante a continuar el viaje establecido, ni más ni menos. Podemos ocupar la sala de navegación y encerrarnos allí. No hay necesidad de cometer ninguna violencia.

—¿Y pilotar nosotros la nave? —inquirió Kurt.

—Sí. El control orbital es automático. Se trata de obligar al piloto de guardia que reintegre el curso orbital primario. Luego, le echamos de allí, nos encerramos por dentro y no abrimos hasta que hayan transcurrido nueve días. Para entonces, el propio Russell tendrá que continuar el viaje, porque habremos rebasado el punto de no retorno.

—¿Y si el piloto se niega a obedecernos? —quiso saber Kurt.

—¡Peor para él! Le repito que es vital para mí no regresar a La Tierra.

—Bien, vamos allá —dijo Kurt, resuelto—. Yo tampoco deseo

volver con mi padre. Los motivos no importan, desde luego. Usted me necesita y yo le necesito a usted. Unidos podemos conseguir algo. ¡Y gracias por haberme soltado las esposas!

—No había necesidad de amarrarle —remarcó Terry.

—Cometí la tontería de amenazar al comandante con suicidarme si me obligaba a volver. Él tomó en serio la amenaza y se previno. No le guardo rencor por ello.

Terry abrió la puerta y miró arriba y abajo del pasillo. No viendo a nadie, salió, seguido de Kurt.

—Había un hombre aquí —señaló Kurt.

—Duerme en mi camarote. No se preocupe por él... Vamos a la sala de navegación. Pero antes, permítame que curse una falsa alarma para despejarnos el camino.

Terry se detuvo en un cruce del pasillo. En el muro había un intercomunicador de alarma. El asesino lo descolgó y gritó:

—¡Pronto, control de vuelo! ¡Fuego en el almacén de aprovisionamiento número tres!

Antes que nadie pudiera hacerle ninguna pregunta, Terry había colgado el intercomunicador, volviéndose al maravillado Kurt y diciéndole:

—Ahora, la sala de control de vuelo quedará medio desierta. Hay que hacerse fuerte. Y si podemos conseguir un arma de la tripulación, tanto mejor.

—Sí —asintió Kurt, no muy seguro de lo que decía.

Llegaron al fondo del pasillo, donde había una escalera que conducía a la sección de mando de la nave. Oyeron una amortiguada sirena. La tripulación estaba alertada, pero era costumbre en casos de peligro no alarmar innecesariamente al pasaje.

—Ya podemos subir —indicó Terry Cobourn—. Hay que ser duro, ¿entiende?

—Lo intentaré.

Subieron al pasillo. Terry abrió dos compuertas automáticas) presionando sus disparadores. Al acercarse a la entrada de la sala de control, de uno de los bolsillos interiores de su «kaft» extrajo una especie de jeringuilla de cristal, medio llena con un gas blanco.

—¿Duro, eh, Flagel? —repitió sonriendo.

Terry había hecho bien las cosas. La llamada de alarma había dejado la sala de control de vuelo con solo dos hombres. Uno era el propio comandante Russell; el otro su tercer oficial, un joven de ojos azules y mirada soñadora, de veintiséis años, que estaba efectuando una comprobación orbital en la mesa trazadora.

Al abrirse la puerta, dejada sin el cierre de seguridad por los

tripulantes que salieron a sofocar el incendio, Russell se volvió. Su semblante se demudó al ver aparecer a Terry y Kurt.

—¿Qué significa esto, señores? —gritó.

Terry saltó hacia él, presionando la jeringuilla y lanzándole al rostro un chorro de gas blanco, que hizo toser a Russell.

Por su parte, el tercer oficial, reaccionó, dejó su sextante angular y fue hacia el armario donde guardaban las armas. Comprendió inmediatamente que se trataba de un intento de apoderarse de la nave.

Kurt se abalanzó sobre él, saltando como un felino y agarrándole de los hombros. El otro se revolvió, pegando con ambos puños al vientre de Kurt, quien encajó firmemente y propinó un fortísimo cabezazo a su rostro.

Antes de que pudiera reaccionar, Terry Cobourn se acercó y le disparó otro chorro de gas, empujando a Kurt y diciéndole:

—Contenga el aliento... Déjelo. Yo cerraré la compuerta.

Russell había caído ya sobre el pavimento, donde gravitaba la atracción artificial, similar a la de la Tierra. El tercer oficial, tambaleándose y con las manos en la garganta, como si se ahogase, no tardó en caer también.

Kurt vio a Terry echar los cerrojos de seguridad de la compuerta y luego cerrar la escotilla del observatorio exterior, a la que se subía por una estrecha escalera espiral de acero bruñido.

Desde arriba, declaró, mirando a Kurt.

—Éxito, señor Flagel. Tenemos la nave en nuestro poder.

—¿Y no avisarán a las patrullas del espacio?

—Naturalmente que sí. Ya he pensado en eso. Mi intención era silenciar la cabina de comunicaciones. Pero eso se habría considerado como avería y también atraería la atención. Es preferible, en cierto modo, que sepan que usted ha intervenido en esto.

—¿Por qué? —quiso saber Kurt.

—Muy simple. Yo soy Albert Fisher, un perito geodésico. Contra mí dispararían las fuerzas espaciales...

Pero usted es el heredero de la «Smiorn», y se dice que su padre de usted no ha querido ser miembro de la Comisión Senatorial del gobierno. ¿Quién se atrevería a disparar contra usted? ¿Por qué cree que le he metido en esto?

Kurt sonrió. Le gustaba aquel tipo extraño que pensaba en todo.

—Comprendido. Pero ahora vamos en dirección a la Tierra.

—En cuanto se recobre el comandante variará el rumbo.

—¿Está usted seguro, Fisher?

—Sí. Ya lo verá.

Cobourn parecía muy seguro de sí mismo, cuando abrió el armario del armamento, vahándose de su extraño vibrador, y se apoderó de un arma paralizante, con su correspondiente funda y cinto, que se colgó de la cadera.

Tomó también esposas magnéticas y maniató a los dos astronautas.

—Se recobrarán dentro de poco —explicó Terry—. El gas es somnífero y no deja huella.

—Temo que el comandante no se avenga a variar el rumbo —se quejó Kurt.

—Si no lo hace, esta nave no llegará jamás a la Tierra, porque destrozaré el control de vuelo.

CAPÍTULO II

Al saber que dos hombres se habían apoderado de la astronave, Diana Pomeroy se dirigió hacia el pasillo superior, donde un tripulante le interceptó el paso.

—Lo siento, señorita. Ningún pasajero puede subir.

—¡Pertenezco a la cadena de información T.D.C.! Necesito saber lo que ha ocurrido! Es la primera vez en muchos años que se realiza un acto de piratería espacial. No tienen derecho a negarme la información.

—Lo siento. Son órdenes del segundo oficial, señor Kalb.

—Pues dígale usted al señor Kalb que deseo verle. Dígale quién soy y entréguele esta tarjeta. —Diana puso en manos del tripulante una tarjeta credencial, que el otro miró con aire dubitativo.

—Está bien. Aguarde aquí. Iré a decírselo.

Ernst Kalb apareció a los pocos minutos. Tenía expresión preocupada.

—Lo primero que debe usted saber, señorita Pomeroy —dijo Kalb, con voz triste—, es que se ha cometido un acto, de piratería abordo. Dos hombres se han apoderado del control de vuelo orbital e intentan obligar al comandante a que modifique el rumbo.

»Por fortuna, la cabina de comunicaciones está en nuestro poder y hemos efectuado una llamada de auxilio. Dentro de poco, fuerzas espaciales acudirán en nuestra ayuda.

—¿Quiénes son los que se han rebelado? —preguntó Diana.

—Dos pasajeros.

—¡Oh! ¿Sabe usted sus nombres?

—Sí. Son Kurt Flagel y Albert Fisher.

—¿Puedo utilizar las comunicaciones exteriores inmediatamente? —quiso saber Diana, empezando a volverse.

—Tendrá usted que esperar órdenes del jefe de la fuerza de rescate que venga en nuestra ayuda. Yo no puedo autorizar ninguna llamada al exterior, estando la nave en peligro. El artículo 219 del reglamento de vuelos espaciales indica que, en caso de peligro, los pasajeros se someterán estrictamente a las órdenes del comandante interino de la nave y se mantendrá silencio de radio hasta que la situación de peligro haya sido dominada.

—Comprendo —dijo Diana—. Gracias, de todas formas. Le agradeceré que me informe de alguna novedad que surja. Voy a mi camarote a redactar un reportaje. Puede tener la seguridad de que hablaré de usted en términos altamente elogiosos.

—Me temo que su reportaje no verá jamás la luz del día, señorita

—se lamentó Kalb, tristemente—. El hecho de que sea Kurt Flagel el que se ha apoderado de la nave, me hace sospechar que esto no es, precisamente, un acto criminal.

—¡Flagel no puede burlarse de la ley, por mucho dinero que tenga, señor!

—¿Está usted segura? —preguntó Kalb, con escepticismo.

—No. La ley es la ley, para todos.

—Veremos lo que opina de esto la Comisión Senatorial del gobierno. Ahora disculpe, señorita. Debo tratar, por todos los medios, que ese par de locos nos devuelvan al comandante y al tercer oficial. Si ocurriera un asesinato abordo, la situación se haría mucho más difícil.

—¿Por qué han de matar a nadie? Conozco al señor Kurt Flagel y no me parece un asesino.

—Ni el comandante Russell es de los que cambian el rumbo de su nave por simples amenazas.

Terminando de decir esto, Ernst Kalb dio media vuelta y se alejó, remarcando al tripulante de guardia que no dejase pasar a nadie absolutamente.

Se dirigió hacia el pasillo que conducía a la sala de control, donde habían media docena de tripulantes. Uno de ellos estaba ante una máquina de grabación de sonido.

—¿Alguna novedad, Tim? —preguntó Kalb.

—Ninguna, señor. Hablan en voz muy baja. Deben saber que les estamos escuchando.

—Bien, dame el micro.

El tripulante dio el objeto prendido en un cable a Kalb.

—¿Me oye, señor Flagel? —preguntó en voz alta.

A través de un altavoz portátil, la voz de Kurt Flagel llegó hasta los tripulantes.

—Sí, ¿qué quiere usted?

—Vamos a practicar un agujero en el mamparo. Les inyectaremos gases y les obligaremos a salir de ahí. Es preferible que obedezcan mis órdenes y desalojen la sala voluntariamente.

—Hágalo, señor Kalb —contestó Kurt—. Está usted en su derecho. Pero esta vez será destruida con todos nosotros abordo.

Kurt Flagel hablaba con palabras sencillas, sin entonación. Parecía estar repitiendo una lección aprendida de memoria.

—¡No se atreverán a tal cosa! —gritó Ernst Kalb.

—¿No? Eso lo sabrá usted en cuanto intente atacarnos. El comandante Russell está dispuesto a modificar el rumbo. Iremos a Imsk.

—Pero ¿acaso no se dan cuenta de que en Imsk serán detenidos?

—Sólo me propongo llevar la contraria a mi padre. Él, contra toda ley, ha hecho cambiar el rumbo de esta nave. Ha hecho siempre lo que se le ha ocurrido, porque es dictatorial e inflexible. Pero yo quiero demostrar a mi padre que no siempre se obedecen sus órdenes. Estoy dispuesto a llevarle a la ruina, si se obstina en perseguirme. Hágaselo saber por radio... ¡Y si su soberbia es mucha, la mía lo es más aún!

Ernst Kalb se mordió los labios. Ahora creyó percibir otra voz aprobando las palabras de Kurt. Y, sin saber la causa, Kalb se dijo que aquel muchacho, mimado por la fortuna, debía tener razón para hacer lo que estaba haciendo.

—De acuerdo, señor Flagel. Dígale usted al comandante Russell que acataré sus instrucciones, si decide modificar el rumbo. No olviden que el control de máquinas lo tenemos nosotros.

—Gracias, señor Kalb.

* * *

Dentro de la sala de control de vuelo, Terry Cobourn se inclinó sobre el postrado comandante Russell, el cual empezaba a dar señales de vida.

—Vamos, señor. Recóbrese.

—¿Qué..., qué significa esto? —exclamó Russell.

—¿Todavía se niega a recibir un millón de «bills»? —preguntó Terry, enterado ya de la oferta hecha por Kurt.

Russell miró a Kurt Flagel, que estaba de pie y parecía mucho más alto de lo que era.

—¡Ahora más que antes! ¡No puedo aprobar estos métodos que a nada útil pueden conducirles! ¡Les ordeno que me quiten estas esposas!

—Lo siento, comandante. Yo le ordeno a usted que ordene cambiar el rumbo y nos pongamos de nuevo camino de Imsk.

—¡Eso no lo haré jamás, y menos bajo coacciones!

—Russell se obstinaba en hablar mirando a Kurt, como si Cobourn, situado más cerca, y provisto de un arma, no significara nada para él. Debía entender que era el hijo del archimillonario el que dirigía la sedición.

—Lo hará, señor —replicó Terry—. Si no lo hace, mataremos al oficial Clark.

—¡Eso sería un asesinato abominable! —Ahora Russell se fijó en Cobourn particularmente.

—¿Por qué se ha metido usted en esto, señor Fisher?

—Por simpatía al señor Flagel. No puedo consentir que un hombre

que desea librarse de la perniciosa influencia de su padre, sea obligado a regresar a su lado, porque hombres mezquinos como usted carecen del sentido de la justicia.

—¡He recibido órdenes de los dirigentes de la compañía para los que trabajo! ¡No puedo arruinar mi carrera por una cosa que ni me va ni me viene! El señor Flagel y su padre se entenderán tarde o temprano, y yo sería despedido si no cumplo las órdenes.

Kurt Flagel se acercó, arrodillándose también junto a Russell. Sonreía divertido al decir:

—No actúa usted con inteligencia, señor Russell. Teme el inmenso poder del dinero de mi padre y… ¡no me teme a mí! Yo también soy multimillonario. Puedo disponer de mil millones de «bills» en cuanto lleguemos a Imsk, ¿o ignora que dispongo de fortuna particular?

—No, no lo ignoro. Pero no se trata de dinero. Es la disciplina y el acatamiento a mis jefes.

—Mi padre tiene mucha influencia en la «Sideral Fly-traction Co.», señor Russell —insistió Kurt, aviesamente—. Pero yo la tendré algún día. Mi padre no ha de vivir eternamente. ¿Me entiende? Y puede que hasta adquiera todas las acciones de esta compañía por darme el gusto de amargarle a usted la vida.

—Así no conseguiremos nada, Flagel —dijo Terry Cobourn—. El honor de este hombre es muy estricto. La fuerza de las circunstancias es la que domina mejor. Por lo tanto, si no quiere usted poner en peligro la vida del teniente Clark, disponga inmediatamente que sea modificado el rumbo definitivamente hacia Urano.

Terry había extraído el arma y apuntaba con ella al postrado tercer oficial, quien continuaba sin conocimiento.

—No se atreverá usted a matar a ese muchacho, señor Fisher.

—¡Y a usted también, comandante! ¡Y si vinieran las fuerzas espaciales a detenerme, haría estallar los reactores atómicos y convertiría esta nave en pavesas! ¡Soy capaz de eso y de mucho más!

—¿Está usted loco, Fisher? ¿Tanto le ha cegado el dinero que pueda darle Flagel?

—No hago esto por dinero, Russell. Le voy a decir la verdad y usted me comprenderá. A mí el dinero no me atrae ahora, porque puedo conseguir todo el que necesito… ¡Es mi vida la que estoy defendiendo! No me llamo Fisher, ni estoy contratado para hacer de perito geodésico en Imsk. Toda mi documentación está falsificada. Soy otra persona y tengo poderosas razones para no desear volver a la Tierra, donde peligra mi existencia. ¿Me comprende usted, señor?

—No del todo. ¿Quién es usted, pues?

—Acepte cambiar el rumbo de la nave y se lo diré —dijo Terry.

—No puedo. Lo siento. Y no pierdan el tiempo. Mátenme, si es su deseo. Esta nave vuelve a la Tierra y allá se las arreglen ustedes con sus problemas.

—¿Es su última palabra, comandante Russell? —insistió Terry Cobourn, entornando los ojos.

—Lo es. Soy inflexible en ese aspecto. Asuman ustedes la responsabilidad de sus actos.

—De acuerdo, señor Russell —replicó Terry, ceñudo—. Mataré al oficial Clark. Debo comunicarle que mi verdadero nombre es Terry Cobourn y estoy evadido de prisión. Fui condenado por asesinato. Logré salir de la Tierra, pero dudo que mis documentos resistan un examen serio de las autoridades.

Incluso Kurt Flagel palideció al escuchar esto.

—¿Es eso cierto, Fisher?

—Lo es, Flagel. ¿Es que cambia esto la situación?

—Pues...

—¡No diga más, Flagel; le entiendo! —gritó el asesino—. Ya no Quiere usted desobedecer a su padre. Le asusto. Lo suponía. Es el niño mimado por la fortuna que hace una travesura al amparo de la impunidad. Sabe que su padre no permitirá que le ocurra nada, ¿eh?

»Pues yo no soy de ésos, Flagel. Mi cuello peligra. No volveré a la Tierra... ¡Ni usted tampoco! ¡No volverá nadie, aunque tenga que matar a toda la tripulación y al pasaje! Mientras esté aquí con usted, nadie se atreverá a meter gases en la cabina, ni siquiera a disparar contra mí. Sé lo que hago. Usted puede ser rehén o compañero de huida, elija lo que más le convenga. Para el caso es lo mismo, porque no saldrá de aquí sin mi compañía.

»En cuanto a usted, Russell, ya sabe a qué atenerse. Hablo en serio. Mataré primero a Clark y luego le mataré a usted.

Diciendo esto, Terry Cobourn se acercó a donde yacía, sin sentido, el tercer oficial, y le apuntó con el arma destructiva que empuñaba.

—No lo sentirá. Está desmayado. Una..., dos... y...

—¡Aguarde, Fisher! —gritó Russell.

—¿Acepta cambiar el rumbo?

—Sí... Lo haré. De todas formas, es igual que le detengan a usted en Imsk como en la Tierra. Ayúdeme a levantarme, señor Flagel. Modificaré el rumbo y les llevaré a donde quieran.

* * *

La inquietud se había extendido a los pasajeros de la nave, al tener noticias de lo que estaba ocurriendo. El propio segundo oficial llegó a la sala del pasaje y habló a las veintitrés personas que allí habían. Lo

hizo muy seriamente, influenciado por las circunstancias.

—Señoritas, caballeros, la nave en que viajamos se encuentra en dificultades graves. No se alarmen innecesariamente, porque el comandante Russell, consciente de su deber, ha tomado el mando.

»Debo comunicarles, empero, que dos hombres armados retienen al señor Russell y al tercer oficial Clark en la sala de control de vuelo y nos han obligado a todos a dirigirnos hacia Urano.

—Bueno, ¿no es a Imsk donde íbamos? —preguntó el respetable juez Merrivelt, sin inmutarse.

—Hubo contraorden, señor. El hijo del millonario Flagel viajaba entre nosotros sin consentimiento de su padre.

—¡Pero ese joven es mayor de edad y muy libre de ir a donde le venga en gana! —atajó el juez, secamente.

—El señor Flagel piensa de distinta manera que usted, señor Merrivelt —argumentó Ernst Kalb—. Eso no es asunto mío. Los ejecutivos de la compañía nos dieron orden de regresar a la Tierra y eso hicimos. Encerramos al joven Flagel en su cabina, porque amenazó con suicidarse si le devolvíamos con su padre, y cambiamos el rumbo.

—¡Ilegalidad sobre ilegalidad! —exclamó el juez, empezando a perder la calma—. No tienen derecho a hacer tal cosa.

—Se nos comunicó que serían ustedes indemnizados convenientemente.

—¡Pues que nos indemnicen y volvamos a Tampa! —exclamó el técnico que iba destinado a un aislado laboratorio en Urano.

—¡Yo deseo llegar cuanto antes a Imsk para comunicar a la T.D.C. lo que ha ocurrido! —vociferó Diana.

—¡Y yo debo estar allí el día doce, para contraer matrimonio! —apoyó otra mujer, que estaba sentada junto a Diana.

—Comprendo perfectamente las razones de todos ustedes —replicó Ernst Kalb—. Pero la situación es delicada. Se nos ha dicho que vamos hacia Imsk. Yo he colaborado con el comandante Russell en el cambio de rumbo. Les ruego que tengan calma y no nos ocasionen más problemas. Dentro de pocos días, posiblemente, las fuerzas espaciales nos darán escolta. Si el jefe de la flota del espacio estima que han de ser ustedes evacuados a las naves militares…

—¿Qué se proponen ustedes? —gritó el juez Merrivelt—. ¡No seré yo quien salga de aquí hasta que estemos en tierra! ¡No soy astronauta ni lo deseo ser!

—Es una emergencia, señor.

—En cuanto lleguemos a lugar seguro, presentaré una demanda contra la compañía —declaró el juez Merrivelt—. No tienen derecho a poner nuestras vidas en peligro por las desavenencias familiares de

esos millonarios.

—Usted no debe saber quién es Kurt Flagel —se disculpó Kalb.

—¡Lo sé! ¿Quién no lo sabe? Todo cuanto hacemos, pensamos, tomamos, bebemos o vestimos, parece estar preparado por la «Smiorn» y sus técnicos publicitarios. Zapatos, leche, medicamentos, casas, créditos, vuelos interplanetarios, átomos, satélites... ¡Todo es «Smiorn»! ¡Jamás nadie había dirigido organización más grande! ¡Pero las leyes no las hace «Smiorn»!

Diana Pomeroy no estaba segura de que esta afirmación última del juez fuese cierta. El dominio de Flagel era tal que incluso podía modificar las leyes. Y, desde luego, estaba segura de que, si a Flagel se le antojaba, el juez Merrivelt no desempeñaría sus funciones legales en Imsk.

—Sí, señor. Es muy cierto —admitió Kalb, conciliador—. Pero hasta que mis superiores no ordenen lo contrario, aquí obedeceremos las órdenes del comandante Russell, esté o no en manos de ese hijo de Flagel.

—¡Qué emocionante es todo esto! —exclamó la madre de la joven que iba a Imsk a contraer matrimonio—. Nos han secuestrado en vuelo, ¿eh?

Diana le dirigió una mirada compasiva.

—Sí, eso es, en efecto, señora Miller.

—Les ruego, pues, a todos, que sigan haciendo su vida normal abordo. Era mi deber comunicarles que seguimos viaje a Imsk y que sólo hemos sufrido una pequeña demora. No salgan de las instalaciones de pasajeros y no quieran mezclarse con los tripulantes para obtener información que no les será dada —Kalb miraba directamente a Diana al decir esto—. Si surge algún nuevo contratiempo, les será comunicado.

»Y lamento que no puedan ustedes comunicarse con el exterior.

Ernst Kalb terminó su discurso y abandonó la sala, dejando a todos haciendo comentarios de diversos gustos.

Por su parte, Diana Pomeroy se levantó y también dejó la sala, para dirigirse a su camarote, en donde se encerró, sentándose ante la mesa en que tenía la máquina de escribir.

Estuve redactando su crónica durante media hora, poco más o menos. De pronto, una llamada a la puerta la sobresaltó.

Se levantó y abrió, encontrándose ante un tripulante que la saludó.

—¿Qué desea usted?

—El comandante Russell le ruega que vaya inmediatamente a la cabina de control de vuelo.

—¿Yo?

—Sí.

—Pero... ¿No está en poder de los hombres que...?

—Exactamente. Sin embargo, el comandante Russell desea que vaya usted allí. Le franquearán el paso a usted sola. Desea que tome nota de cuanto pueda ocurrir en el puente.

Extrañada y excitada, Diana salió de su camarote y siguió al tripulante hasta el pasillo que conducía a la cabina de vuelo. Al desembocar en el pasillo, se encontró con el segundo oficial, Ernst Kalb, quien la miró con expresión condolida.

—La requieren en el puente —dijo Kalb—. Pero puede usted negarse a ir... ¡Uno de los hombres que han secuestrado al comandante es un asesino!

—¿Qué me dice usted? Lo que no entiendo es la razón por la que me llaman a mí.

—Yo tampoco lo entiendo muy bien. Parece ser que va usted a poder informar de todo el suceso por medio de un canal de comunicaciones que hemos de disponerle. El señor Flagel quiere que su padre se entere de lo que está haciendo... ¡Pero le advierto que el hombre que acompaña a Flagel es un asesino! ¡Yo de usted no entraría con ellos!

—¿Un asesino? ¿A quién ha matado? ¿Cuál es su nombre?

—No lo sé. Lo único que he podido averiguar es que se llama Albert Fisher.

—Bueno, señor Kalb. Si el comandante me ha llamado, mi deber es acudir. De un modo u otro, necesito información directa para poder cursarla a la cadena T.D.C.

—Eso es lo que desea Kurt Flagel.

—¿Buscan publicidad gratuita?

—El comandante Russell me ha dicho que es el único modo para que la noticia llegue al público. El padre de Kurt Flagel intentará silenciarlo todo, pero no cree que acalle la cadena T.D.C.

—¡Desde luego que no! —exclamó Diana, que sentía una simpatía especial por el hijo que pretendía liberarse de la dictatorial tutela de su padre—. Vamos allá, señor Kalb.

Ernst Kalb condujo a Diana hasta el mirador telescópico, donde existía una escotilla auxiliar que comunicaba con la cabina de control de vuelo.

—Llame ahí y le abrirán, señorita. Yo no puedo estar aquí y debo retirarme. Son las órdenes que he recibido. Si al abrir esa escotilla hubiese alguien aquí, acompañándola, posiblemente matarían a alguno de los rehenes.

—¿Voy a ser yo también un rehén?

—Seguramente —contestó Kalb—. Y le aconsejo que no entre. Todavía está a tiempo.

Diana era una periodista convencida de su profesión. Ahora tenía una gran noticia entre las manos y, aunque pusiera en peligro su vida, no la dejaría escapar.

— Gracias. Entraré... Puede usted retirarse, señor Kalb.

Diciendo esto, llamó con el pie en la escotilla.

CAPÍTULO III

Fue Terry Cobourn, desintegrador vibratorio en mano, quien franqueó el paso a la joven, sonriéndola amistosamente. El asesino no era repulsivo, feo, ni siquiera inculto. Por el contrario, parecía muy seguro de sí mismo, su aspecto resultaba agradable y sus movimientos eran elegantes y de buen mundo.

A Diana le había gustado «Albert Fisher» desde que le conoció a bordo de la nave con destino a Imsk. Pero no había intimado con él, limitándose a cambiar media docena de saludos de cumplido.

Ahora, empero, al verlo tan cerca, armado y dominando la situación en la cabina de control de vuelo orbital, Terry Cobourn le parecía algo así como un corsario del siglo XXII.

—Ya conoce usted a estos caballeros, señorita Pomeroy —dijo Terry.

Señaló a los sillones giratorios en donde estaban amarrados Russell y Clark.

Al descender la escalera espiral, Kurt Flagel se acercó, tendiéndole la mano.

—Hace unas horas, al saber usted mi nombre, quiso hacerme algunas preguntas —habló Kurt, con voz un tanto forzada—. Entonces no me interesaba hablar con un periodista. Pero la situación ha cambiado notablemente y muy a mi pesar.

Russell, esposado en su asiento, ironizó:

—Son unos angelitos, como podrá usted ver. Pero muy capaces de degollarla.

Kurt dirigió al comandante de la nave una mirada aviesa.

—Le doy mi palabra de honor de que nada le ocurrirá aquí dentro, señorita Pomeroy.

—¿Para qué me han hecho venir?

—El comandante Russell ha sido tan amable de poner una canal de comunicaciones a su servicio. Puede usted informar a la T.D.C. de lo que está ocurriendo aquí y cuál es nuestro proyecto.

—Son ustedes muy amables conmigo —replicó Diana, sonriendo—. Pero no acabo de entender bien lo que ocurre.

—Lo sabrá usted inmediatamente, señorita Pomeroy —añadió Kurt —. La supongo enterada de quién soy yo y quién es mi padre.

—Sí, naturalmente. Lo que no entiendo es lo que pretende usted conseguir con esto.

—El señor Flagel desea que todo el universo sepa de su rebelión contra la autoridad paterna —intervino Terry Cobourn.

—Me han dicho que es usted un asesino —dijo Diana, volviéndose

al otro.

Terry sonrió.

—Exactamente. Mi nombre es Terry Cobourn. También quiero que diga usted eso a la prensa. Kurt y yo nos proponemos realizar un desafío en el espacio, lejos de la tutela de las leyes, a la sociedad, a la autoridad paterna, a las fuerzas espaciales y a todo lo establecido. —Cobourn blandió el desintegrador vibratorio que empuñaba—. Y, si no logramos nuestros propósitos, nos quitaremos la vida.

Diana se estremeció.

—¿Qué es, concretamente, lo que quieren?

—¡Que nos dejen en paz!

—¿Y para eso se asocia usted con un hombre perseguido por la ley? —acusó la joven periodista.

—He sido yo quien me he asociado a él —contestó Terry—. Sé lo que me conviene. El padre de Kurt puede conseguir un indulto para mí.

—¡Eso es una barbaridad, envuelta en un patético realismo dramático! —gritó Diana.

—Bella frase, señorita Pomeroy —comentó Russell—. Si el joven Flagel podía esperar alguna simpatía de nosotros, la ha perdido del todo al unirse a ese individuo.

—No espero simpatías de gentes mediocres como ustedes —replicó Terry—. Persigo otros fines. Empiece usted a tomar nota, señorita Pomeroy. Tiene la oportunidad de conseguir fama y dinero con la primicia que le ofrecemos.

—Sin duda, es una buena noticia, ¡pero no por usted!

—La historia habla de Bruto y Booth porque mataron al César y Lincoln. Yo no he matado a nadie importante, ni es mi deseo hacerlo. Pero he sabido unirme a Kurt Flagel por lo que representa. Él no quiere la tutela de su padre y yo intento eludir la prisión.

«Queremos ambos que nadie se meta con nosotros, que no nos vigilen las patrullas del espacio y que nos dejen ir a donde nos dé la gana. A cambio de eso, todos ustedes llegarán sanos y salvos a Imsk. A nosotros se nos ha de facilitar una nave militar de gran radio de acción, con la que podamos ir a refugiarnos a donde nos plazca.

—¡Ah! —exclamó Diana—. ¿Esperan que les hagan caso?

—Tal vez, a mí no me lo habrían hecho —contestó Cobourn, sin dejar de sonreír—. Pero mi «socio» es un pez gordo. ¿Imagina usted lo que perdería el mundo si muere el heredero de «Smiorn», señorita?

—¡No ponga eso en el informe! —intervino Kurt, avanzando hacia Diana y Terry.

—Lo siento. Soy periodista y no su secretaria. La noticia debo verla

yo.

—¡Dirá usted lo que yo quiera o no dirá nada! —pareció rugir Kurt Flagel.

—¡Vaya, salió el heredero del hombre poderoso! ¿Qué haría usted si tuviese un hijo y le hiciera lo que usted pretende hacer a su padre?

—Jamás tendré un hijo —declaró Kurt—. No soy nadie para dar la vida a un ser, si ese ser no me autoriza a ello.

—¡Esto sí que es una noticia! ¡El hijo de Kurt Flagel es neonihilista, seguidor de las insensatas teorías de Guy Landalle! ¡Es lo más increíble que he oído en mí vida!

—Creo que no hemos tenido suerte en la elección de la periodista que debía informar de nuestra rebelión, Kurt —dijo Terry.

—Ni yo en la elección de mi compañero de aventura, señor Cobourn —fue la seca contestación del joven, lo cual mereció la inmediata aprobación de Diana.

—Aún está usted a tiempo de echarse atrás, señor Flagel.

Kurt miraba intensamente a Terry. En sus ojos parecía asomar la rebeldía.

—No ha querido ayudarme, sino ayudarse usted, Cobourn.

—Usted es quien necesita mi ayuda.

—¡Para esto ya tenía la de mi padre! He salido perdiendo en el cambio.

—¿Qué esperaba? ¿Que nada más abandonar la tutela paterna le salieran las cosas como las había imaginado? ¿Esperaba llegar a Imsk, una naciente ciudad que progresa a ritmo increíble, y, en poco tiempo, sin más ayuda que su inteligencia y su dinero, duplicar la fortuna de su padre y poder alardear de haber llegado más lejos que él?

»No sueñe, Flagel. A Imsk debe irse con las manos vacías, sin nada, gastándose hasta el último «bill» en el pasaje, para, una vez allí, con talento y deseos de superación, en caso de que la suerte le acompañe, llegar a disponer de algo. No mucho, desde luego. La sociedad moderna está montada de forma arbitraria y egoísta. O se es, o no se es. La vida obliga a la lucha constante, aunque existen muchos modos de luchar.

—Forman ustedes una interesante pareja, señores —declaró Diana, pensativa—. Dos tipos humanos dignos de estudio. Ahora están perdiendo el tiempo en palabras. Me hubiese gustado poder ver su acción. Supongo que sería usted quien llevó la batuta, ¿no, señor Fisher?

—Llámeme Cobourn. Es mi nombre auténtico. Ya no vale la pena renunciar a un derecho inalienable.

— Terry miró sonriendo a Kurt Flagel. —¿Qué distintos somos, eh?

—Por favor, déjenme enviar primero la noticia escueta, tal y como ustedes la desean. Luego me cuentan sus pensamientos íntimos. Sospecho que tendremos tiempo más que sobrado de hablar.

Kurt Flagel no contestó.

Terry Cobourn tomó una hoja de plástico que había sobre la mesa de cálculos orbitales.

—Aquí está escrito lo que deseo que diga. Ni una palabra más. ¿De acuerdo?

Diana tomó la hoja y la leyó con detenimiento. Estaba correctamente redactada. Las frases parecían haberlas escrito un catedrático de lexicografía.

—¿Lo ha escrito usted, señor Flagel? —preguntó Diana a Kurt.

—No —respondió Terry—. He sido yo.

* * *

—Los hombres no nacemos asesinos, ni nacemos médicos, ni ingenieros. Todos nacemos prácticamente iguales... Y especialmente desnudos. —Terry Cobourn hablaba lentamente, sosteniendo en alto su taza de café y mirando a Diana que se sentaba frente a él, en una silla giratoria, con un bloc de trabajo en las rodillas—. Estoy un poco de acuerdo con Kurt y con las singulares teorías de Landalle, aunque voy más lejos que ellos y vuelvo a otros filósofos más antiguos, como el español Ortega, y afirmo que el hombre es su propia circunstancia.

»Vivir ya es una circunstancia fortuita. Nadie puede pedir la vida. Nadie puede, por tanto negarla.

La vida es, y eso debe bastarnos. Lo que no es justo, además, es la herencia.

»Kurt Flagel ha nacido ya con una hermosa cuenta corriente que nosotros no podremos alcanzar jamás. Su padre se empeña en educarle de forma que perpetúe esa riqueza industrial y comercial, de acuerdo con unos principios que a él le han ido maravillosamente.

»Kurt, sin embargo, no está de acuerdo con su padre. Es el hombre al que conoce mejor y Guy Lan- dalle, involuntariamente, le ha hecho romper los vínculos que le unen a su familia, aunque de un modo acomodaticio, porque nuestro amigo no quiere empezar de cero.

—Deja ya de meterte conmigo —gruñó Kurt, cruzado de brazos y recostado contra el panel de instrumentos de mando—. Habla de ti... ¡Explica tu interesante historia!

—En eso estaba. Mi preámbulo debía basarlo en la comparación pura —replicó Terry, sin molestarse—. Mi existencia ha sido otra. Tuve una familia, una infancia más o menos feliz, y unos estudios, más o menos aprovechados que me costeó el gobierno. Incluso llegué

a ingresar en la Academia Militar de Buttler... Fui cadete en las fuerzas espaciales. Hubiese llegado, posiblemente, a mandar una nave de guerra... ¿Sabía eso, Russell?

—No. A mí no me interesa su vida. Cuéntesela a ella.

—No se enfade, comandante —bromeó Terry, dejando su taza de café sobre la mesa—. Sí, fue cadete. Al año justo, América intervino en la contienda de Manchuria. Aquélla fue mi primera circunstancia. No tenía necesidad de ir a jugarme la Vida a Asia, pero una muchacha rubia, dulce y bonita, pero de cabeza hueca y sentimientos inhumanos, me inclinó a despreciar la vida, como ella me despreció para irse del brazo de un oficial ya graduado, precisamente de mi misma academia.

»Aquel sujeto estaba celoso de mí, porque yo había salido antes con Greet. Un tipo rencoroso. Se valió de su graduación para hacerme la vida imposible, hasta que me harté y se lo dije en la cara, con los puños, naturalmente.

«Después de cuarenta días de encierro y aislamiento, uno de mis jefes me propuso las únicas dos soluciones que tenía: la expulsión de la academia o mi partida voluntaria a Manchuria, donde lograría el grado de subteniente con un poco de suerte, si los amarillos no me liquidaban antes.

«Acepté esta última sugerencia. ¿Qué otra cosa podía hacer? Mi familia se sintió muy aliviada ante mi decisión. Podía ser un héroe a los dieciséis años. Mi vida les importaba poco, claro está. Nadie quería ir a Manchuria, donde se empleaban ya fusiles desintegrantes y armas atómicas.

«Nos equiparon con uniformes antirradiactivos, nos dieron un adiestramiento que para sí hubiesen querido los asesinos profesionales que conocí más tarde en la prisión de San Francisco. Técnicos en matar hombres, respetables, honorables y dignos, nos enseñaron a utilizar toda clase de armas y dónde debíamos apuntar con ellas, al encontrarnos con el enemigo, al que también se le adiestró para liquidarnos a nosotros.

«¿Recuerda aquella guerra, señorita Pomeroy?

—Sólo tenía cinco años. Vivía en un «kindergarten». Pero he leído que fue muy cruda y espeluznante.

—Cierto, ¡muy cruda! Hubo momentos en que sobre aquella tierra calcinada por la fisión atómica, sólo habíamos unos centenares de hombres, ocultos como ratas, bajo el suelo, acechando a un enemigo inexistente. Nos lanzaban alimentos desde el aire, contenido en latas antirradiactivas. Yo salía por las noches de mi refugio. Conmigo había un muchacho enfermo, contaminado, que iba contando los días que le

quedaban de vida. Sabía que eran noventa y seis. No podía evacuarle. No podía hacer nada por él, salvo matarle, para aliviar su tormento, y eso es lo único que me reprocho no haber realizado. Entonces aún me quedaban vestigios de humanidad y lealtad, aunque esto fuese mal interpretado.

»Me apoderé de las provisiones que los amarillos mandaban a sus soldados, porque ellos hacían lo mismo con las nuestras. Pero refuerzos no llegaban. Hombres como Kurt Flagel Sr. se estaban enriqueciendo ya a costa de los veinte millones que cayeron en aquella maldita frontera. Los políticos clamaban en ciento veinte conferencias que no se terminaban nunca. Los mandos del ejército eran relevados casi todos los días... ¡Y nosotros estábamos demasiado lejos para que significásemos algo!

»¿Cómo salía de allí? No lo sé. Cinco años en aquel infierno modifican las estructuras físicas y metafísicas de un hombre. Le transforman en un monstruo. Yo sigo siendo humano, o sea que la guerra no pudo conmigo. Debo agradecérselo al germen de acero indestructible que me legó mi padre al darme la vida.

»Salí. Cuando mi compañero murió, le cedí el refugio para que se convirtiera en tumba. Dejé mi última granada atómica a su lado, con un dispositivo de retardo, y me escurrí durante la noche.

»La granada estalló y así terminó mi guerra. Con solo un cuchillo y una pistola parecida a ésta —Terry señaló el desintegrador vibratorio que tenía a un lado de la mesa, al alcance de su mano—, estuve arrastrándome durante innumerables días. Maté más en aquella huida que durante los cinco años de mi guerra personal con los manchúes. Tenía que llegar y llegué. No me pregunten cómo, pero llegué a Vladivostok y un submarino americano me recogió, trayéndome de regreso a la patria, donde fui internado en un hospital militar.

»Era la gran época de la cirugía plástica y ortoplástica, del trasplante de órganos y de las mutaciones oncológicas producidas por la desintegración atómica. Ya no habrían paralíticos, ni lisiados, ni enfermos...

«Durante meses me cambiaron la piel afectada de radiación. Tengo varios huesos de plástico en el cuerpo y el hígado y los riñones procedentes de un banco de órganos, en cuya fundación intervino su admirado padre, señor Flagel. Recuerdo bien que en la sala principal del hospital había un enorme retrato en relieve de Kurt Flagel, mecenas altruista y fundador de no sé cuántas instituciones sociales.

»¡Un gran hombre su padre, Flagel! Y yo un pobre tipo que vivía de prestado, porque un oficial miserable me quitó la novia... ¡Y, cuando salí del hospital, ya no tenía familia! Murieron en el primer

bombardeo de los asiáticos a la costa del Pacífico. Nadie creyó la amenaza oriental y estaban divirtiéndose en una alegre noche de verano. Seis megatónicas dejaron cinco mil kilómetros cuadrados convertidos en cenizas.

»Yo no conocía San Francisco al salir del hospital. Todo era nuevo. La radiactividad había sido absorbida por los «registros» atómicos. Se retiraron las cenizas y se levantaron armaduras de acero y níquel... ¡Qué hermosa ciudad! ¡«Smiorn» construyó esto; «Smiorn» construyó aquello!

«Hasta las colinas habían desaparecido. Todo era liso, la playa artificial... Creo que muchas ciudades del mundo deberían ser arrasadas, sin sus habitantes, naturalmente, porque exterminándolos a todos salen gentes distintas. Es un sacrificio inútil.

»Encontré San Francisco totalmente distinta. Pero la gente me parecía igual... ¡o peor! Si dejé un mundo que se mataba por un dólar, encontré otro que se mataba por un «bill». Sólo había cambiado el nombre de las cosas y de las calles. Lo demás, lo peor, lo feo, lo malo, lo sin arreglo, continuaba igual que yo lo había conocido diez años atrás.

»¿Y qué podía hacer un hombre a los veintisiete años en una ciudad de veintidós millones de habitantes, como es San Francisco, si me habían dado inútil para el servicio activo, debido a mis remiendos y especialmente a que envié al diablo a los médicos siquiatras que me estudiaron poco antes de darme el alta?

»Quería vivir. Y eso hice. Me dieron ochenta y dos mil «bills», por todo el tiempo que había estado matando oficialmente, sin cobrar. Era una fortuna. Pensé incluso en abrir un pequeño negocio. Indagué incluso precio para instalar un pequeño restaurante. Pero me encontré con la sorpresa de que un crecido tanto por ciento de mis beneficios serían de «Smiorn», porque ellos me facilitarían casi todo lo que necesitaba, desde técnicos hasta empleados, materia prima, licencias y permisos. En definitiva, si instalaba el restaurante, debía depositar en un banco de la «Smiorn» todo mi dinero, trabajar durante diez años como un diablo y, transcurrido este tiempo, tendría otra vez el mismo dinero que había invertido.

«Envié al diablo al agente de la «Smiorn» que me explicó todos los detalles de mi posible negocio y me dediqué a gastar el dinero, que era mío y por eso lo había sufrido.

»En San Francisco hay muchos lugares en que se puede divertir uno. Hay casinos y clubs de lujo. Un «ginex» cuesta ocho «bills», pero la calidad es indiscutible. Viene explicado todo detalladamente en los prospectos de consumo. Inciden allí gastos de químicos ilustres,

síndicos que declaran las excelencias del licor, siquiatras, médicos y hasta entomólogos que corroboran la declaración del fabricante. Y lo apoya también el prestigio de «Smiorn». Así, pues, lo que cuesta un céntimo de «bill» se encarece hasta ocho «bills» la copa, porque de ello viven una serie de individuos que son demasiado importantes para haber ido a Manchuria.

»Uno de esos hombres de negocios era Gregory Mclntish, a cuya mujer me llevó una agencia de asesinos, la cual no me extrañaría nada que también estuviese patrocinada por «Smiorn».

Diana Pomeroy se volvió y observó el endurecimiento de las facciones de Kurt Flagel, quien no despegó los labios, pese a la ironía diabólica de Terry Cobourn.

— Yo era ya un asesino profesional, creado por el gobierno y enseñado hábilmente por sus representantes legales. Apuré casi mis ochenta y dos mil «bills» y luego me dediqué a buscar un trabajo de acuerdo con mis conocimientos. Naturalmente, no estaba controlado en ninguna oficina de empleo. No tenía oficio, ni título, y nadie quería a un soldado desmovilizado, tarado y cuya especialidad era matar.

»Posiblemente, de matarife me habrían empleado. Pero como fui descortés con un agente de «Smiorn», me rechazaron.

»Pero, ¡ah!, mi suerte me socorrió. ¡Encontré a un desahuciado como yo, a quien conocí en el hospital. Él me llevó a la secreta agencia de asesinos. Y no la descubrirá jamás la policía, porque está tan bien montada que parece cosa oficial.

»Yo tenía que pagar el diez por ciento de lo que percibiera por «encargo». Todo muy bien organizado. Se me daba la orden por visófono cubierto. Yo debía, acudir junto al cliente, quien me señalaba, en sobre cerrado y con orden de destrucción, todos los pormenores de la persona a eliminar, junto con el dinero. Hay seriedad y nunca se engaña.

»El “recaudador” le llama a uno después para percibir la comisión de la agencia. Y no quieran saber la cantidad de gente que muere misteriosamente en San Francisco de este modo. Accidentes, enfermedades, muertes fortuitas, suicidios y algo más. En la mayoría de los casos, la agencia ha controlado la mano ejecutora y, por tanto, cobra. Se paga bien, pero hay que ser hábil. Yo, lo confieso, fui muy torpe. Me amonestaron severamente, tanto mi amigo como el «agente primero». Y, por si fuese poco, quizá como castigo por una torpeza que no cometí, puesto que la agencia debió advertirme las pruebas que realizaba la policía con las retinas de los muertos, me echaron mano y me condenaron.

»Allá fui, junto con Eve Mclntish, al tribunal. Mi carrera estaba

terminada. El fiscal general pedía para mí la pena máxima, pero el abogado defensor, miembro de una agencia de «Smiorn», a cambio de dos mil «bills», me hizo una excelente defensa, sacando a relucir mi historial en Manchuria, mi fracaso al reintegrarme a la sociedad, tocó la fibra sensible de la justicia, y me condenaron a veinte años que no estaba dispuesto a cumplir.

»Fui un buen luchador y lo sigo siendo. Aquí estoy, señorita Pomeroy, al lado del hijo del hombre más poderoso de la Tierra. Ahora tendrán que oírme los que antes no quisieron hacerlo. Tengo esto al alcance de la mano y puedo matar a todos ustedes. No sentiré emoción alguna porque he matado a muchos miles de hombres.

»Sólo pido una cosa: ¡que me dejen vivir en paz donde yo quiera!

—Eso no podrá ser y usted lo sabe, Cobourn.

—¿Ni siquiera en un mundo lejano, habitable y desierto, donde pasar mis días, ignorado de todos?

—Para eso hubiese estado mejor en su celda. La libertad en nuestra sociedad no existe. Váyase al mundo que quiera y estará prisionero también del suelo y la atmósfera. Terminaría por enloquecer.

—Puede que sí… ¡Pero yo quiero que el mundo sepa esto! Haga que se publique todo… Es la pura verdad, señorita Pomeroy.

CAPÍTULO IV

— Siento defraudarte, Terry —habló Kurt Flagel, con acento de evidente simpatía en la voz—. Conozco bien los negocios de mi padre, y ninguno, ni siquiera los del «X-0», «X-l» y «X-2», que son oficinas secretas típicamente de información financiera, comercial e industrial, están dedicados al asesinato profesional.

«Puedes decir, y es bien cierto, que mi padre se enriqueció a raíz de la guerra que tan cara te costó. De joven, mi padre llegó a los Estados Americanos con un puñado de marcos alemanes. Dos o tres mil. Pero era duro y despiadado. Necesitó de gente para realizar sus obras. Obtuvo dinero que se apropió descaradamente y que, años más tarde, cuando le sobraba devolvió con crecidos intereses.

»Mi padre no tuvo amigos. No los necesitaba ni los quería. Ignora lo que es la amistad y la simpatía. Su mente es pura calculadora electrónica. Su vida son cifras y su familia... Mi madre y yo somos su pequeño y distanciado mundo, rodeados de todas las comodidades que alguien sea capaz de soñar.

»Por suerte para mí, mi madre no es como el "Amo”. Ella siente como yo que en la vida hay algo más que el dinero.

«Tuve una enseñanza especial. Diez profesores se relevaban conmigo, adiestrándome en el mundo que mi padre vislumbraba para mí. Finanzas, económicas, cálculos, costes, estructuras, sociedades, empresas, rentas... Todo me era explicado y demostrado por excelentes catedráticos. Incluso mi nodriza era profesora de matemáticas y su lenguaje era la aritmética comparada.

»Todo aquello sólo podía actuar en mí a modo de revulsivo. A los diez años sabía más de cálculos que cualquier niño de mi edad. Pero, a modo de solapada venganza contra la tiranía en que estaba envuelto, el dinero de mi asignación, que era mucho más de lo que puede necesitar al año una familia pudiente, de diez hijos, lo dilapidaba sin miramientos, gastándomelo en ferias y diversiones.

»Uno de mis entretenimientos favoritos era ir a Beachplay e invitar a todos los niños que encontraba a subir a las atracciones. Yo ignoraba entonces que el dinero revertía al bolsillo de mi padre, porque la feria era de su propiedad. Aun así, cien «bills» por semana se llevaban feriantes, carameleros y empleados de chocolaterías.

»Mi padre me pedía cuentas y yo le demostraba que el hijo de Kurt Flagel no podía ser menos que el hijo del alcalde. "¡Claro que no!”, bramaba él. “¿Cuánto se gasta ese bastardo en chucherías?”

»Yo le dije que por lo menos mil «bills». Andy Ulsman fue castigado por su padre, por dispendiador. Y mi padre me asignó a mí

mil «bills» por semana, a condición de abrir una cuenta de ahorro.

»Yo hice más que eso. Jugué a la bolsa y gané dinero. Obtenía información financiera secreta de los empleados de mi padre, que no se atrevían a negarme nada, sabiendo que yo heredaría más tarde el cetro del «Amo».

»Y con el dinero que obtenía así solucioné muchas necesidades a gentes que ni siquiera conocía. Acostumbraba a salir casi cada semana con varios sobres que contenían cinco mil «bills» y una nota escrita con una máquina que destruía invariablemente, al terminar de redactarla, en la que decía, poco más o menos: «Señor, me sobra el dinero. Ignoro si usted lo necesita o no, pero, por favor, acéptelo, pásese unas vacaciones y consiga ese sueño oculto que siempre ha tenido y que jamás ha podido realizar. Piense que la fortuna le ha visitado hoy secretamente. Tengo mis razones para hacer lo que hago y éste no es dinero robado. Le ruego que lo disfrute. Suyo afectísimo, un amigo.»

«Alguien se asustó y entregó el dinero a la policía, la cual investigó durante meses, hasta que fui descubierto. Tenía entonces doce años y mi padre enfureció de tal modo que me retiró la asignación definitivamente, prohibiendo a sus empleados que me dieran toda clase de información.

»Mi padre no se dio cuenta, o no quiso dársela, de que, de pronto, los gastos domésticos aumentaron considerablemente. Y era mi madre la que me daba el dinero para seguir con mi propósito de arruinar a mi padre y convertirlo en un hombre corriente.

»Ése era mi extraño y disparatado sueño. La verdad era que apenas si mi madre y yo podíamos ver a papá. Siempre estaba viajando, ocupado en sus innumerables negocios, consejos de administración, operaciones bursátiles y no sé cuántas cosas más.

»Mi padre, realmente, no lo era. Podía ver su retrato cuando quisiera. Siempre en relieve y sonriente. Los fotoescultores le sacaban mejor de lo que a mí me parecía. Pero yo hubiese querido tenerle a mi lado, sentir su mano sobre mi cabeza, porque una caricia suya, o un consejo, me hubiese gustado más que la riqueza que nos rodeaba por todas partes.

»Lindas camareras que acudían solícitas a mi menor deseo. Si les hubiese pedido la vida, se la habrían quitado por mí. Trabajaban muy poco y cobraban muchísimo. Por nada del mundo perderían su empleo.

»Y hasta tuve amigos comprados. Esto fue una idea de mi padre, al regresar de uno de sus viajes. El presidente del Senado y delegado del Dominio Unido de Marte, poderoso y rico, había comprado la

compañía de jóvenes de ambos sexos para su hijo. Aquellos jóvenes debían acudir a casa del joven afortunado y halagarle, sonreírle, adularle y exaltarle.

»Mi padre me consiguió una veintena de jóvenes de mi edad. Lo único que no podían decirme era que estaban a sueldo de mi padre y que llegarían a ser empleados importantes de «Smiorn» si me hacían sentir feliz y, al mismo tiempo, informaban a mi padre de mis expansiones íntimas.

»Una chica, Eloise Montessi, se enamoró de mí y me lo confesó todo. Yo había llegado a tomar afecto a casi todos. Pero los odié y no quise recibirlos más. No podía concebir que pudieran vender su amistad por cien «bills» semanales.

»Fue la peor de mis crisis. Llegué a enfermar de rabia y frustración. Acudieron los médicos y me recetaron medicinas que no me tomaba. Mi madre hasta llegó a preocuparse por mí y temió perderme. Sé que tuvo una discusión seria con mi padre y me dieron libertad para hacer lo que quisiera, aunque luego supe también que mi padre me hacía vigilar. Debió tranquilizarle el saber que frecuentaba los clubs más caros de San Francisco, que salía con mujeres mayores que yo y que me embriagaba y armaba escándalos fenomenales, los cuales le costaban cuantiosas facturas. Pero todo esto, me consta, le halagaba. Él ganaba el dinero y yo lo gastaba en el mejor sentido de la palabra.

»Eloise Montessi solía venir conmigo frecuentemente. Me hacía de moderador. Yo la apreciaba. Era noble, sincera y honesta. La mujer más íntima, después de mi madre, que he conocido. Y, sin embargo...

—Sé lo de su boda y divorcio —dijo Diana, tristemente—. Se dijo que eran la pareja del siglo.

—Se dijo eso y muchas cosas —declaró Kurt, con acento resentido —. Mi desdicha matrimonial también se la debo a mi padre. Casarme y ponerme al frente de la delegación de «Smiorn» en Nueva York todo fue lo mismo.

»Eloise habló con mi padre y con mi madre. Se opuso terminantemente a ser lo que mi madre había sido para mi padre. Ella se había casado para estar conmigo, para latir y sentir conmigo. Se dijeron cosas muy fuertes y mi padre echó a Eloise de casa. Aquello me alegró, porque mi padre hubo de cancelar numerosas reuniones. Estaba verdaderamente furioso.

»Y su venganza se tradujo, aunque no lo sé de modo cierto, en proporcionar un amante a Eloise al año de casados. La pobre debió de refugiarse en los brazos de Arthur Bossley como el náufrago se agarra a la tabla de salvación, o se habría vuelto loca. Ni siquiera pudo confiar en mí. Yo le había prometido emanciparme de mi padre en un

año. Luego nos iríamos a vivir a Europa y nadie podría hacerme regresar con mi padre.

»Por eso él destruyó a Eloise y la obligó a pedir el divorcio. Creo que ahora tiene paz…, ¡la paz de los muertos!

—¿Murió? —preguntó Terry Cobourn, en cierto modo, impresionado por aquel dramático relato, cuyas noticias no habían llegado hasta el hospital donde había estado cuando tuvo lugar la historia que ahora escuchaba.

Fue Diana Pomeroy la que contestó.

—Se arrojó desde la torre de un edificio de noventa pisos… Eloise Flagel… Se mató el mismo día en que el tribunal de San Francisco, pese a la incomparecencia de los cónyuges, por vez tercera, decretó el divorcio.

—¡Estoy seguro de que mi padre hizo matar a Eloise! —exclamó Kurt Flagel, con voz ahogada.

* * *

Diane empujó la máquina de escribir y recogió las cuartillas que había mecanografiado. Al volverse, vio que Russell y Clark estaban con las manos sueltas, comiendo un sándwich cada uno. Kurt se había dormido sobre las moléculas de «spumair» congregadas magnéticamente en un rincón de la cabina de control de vuelo.

Terry, empero, debía llevar ya la décima píldora antisomnífera. Su semblante era como el de una máscara. Diane llegó a pensar en que estaría así cuando luchaba en Manchuria.

Su voz era ronca, al preguntar:

—¿Ha terminado ya, señorita Pomeroy?

—Sí. ¿Quiere repasarlo antes de enviarlo por fotorradio?

—Confío en usted. Sé que no ha puesto más que la verdad, porque la verdad es lo que hemos dicho. ¿Qué ha pensado mientras escribía todo eso?

—Pensaba que son ustedes dos los hombres más desgraciados del mundo. El uno por tener mucho y el otro por no tener nada. Lo insólito es que el destino les haya reunido en esta aventura, cuyo desenlace me gustaría conocer.

—¿Qué efecto causará todo eso en los lectores de todo el mundo?

—En los lectores americanos ninguno —dijo Diana, tristemente—. Sé positivamente que nadie publicará ni una letra del desafío de ustedes. Se sabrá en Europa, Asia, y puede que en África y Australia. Al Dominio Universal no creo que llegue tampoco.

—Tiene mucho poder ese Flagel, ¿no es así?

—Muchísimo. Pero él lo leerá y sufrirá un colapso cardíaco al ver

lo mucho que le odia su hijo.

—Somos gente muy dura... ¿Eh, general Russell, hemos atravesado ya el punto de no retorno?

—Habría de calcularlo. Pero me extraña que las patrullas de Saturno no hayan llegado aún.

—A mí también me extraña. Aunque es posible que alguien haya dado la orden de no interferencia.

—¡Pedí una nave militar de gran radio de acción! —exclamó Terry.

—Puede ser que den la callada por respuesta.

—¡No harán eso! ¡Nadie se atrevería a cargar con la responsabilidad de la muerte de todos nosotros!

Russell miró a Jack Clark.

—¿Cree usted que Terry Cobourn cumplirá su amenaza, teniente?

—Creo que no.

—¿Por qué dice eso, Clark? —gritó Terry.

—Estudié sicología para ingresar en la navegación espacial. Usted quiere gritar, que le oigan, protestar... Pero no es capaz de matarnos. Nosotros no le hemos hecho nada.

—¡Tampoco me lo había hecho Gregory Mclntish y le maté!

—Le pagaron. No tenía otra alternativa. Ahora no le paga nadie. Además ha logrado lo que se proponía. Millones de personas saben en estos momentos quién es usted. En la Tierra se han sacado biografías de usted y de su juicio y se están publicando en todas las cadenas de DM y en toda la prensa gráfica.

»Luego, cuando la T.D.C. divulgue el relato de Diana...

—¿Qué?

—Se dejará prender.

—Ni lo sueñe, Russell. Que nadie se haga ilusiones al respecto. Él nada puede temer, pero yo sí. Estamos juntos en esto y no...

—¡Comandante Russell! —gritó en aquel momento la voz de Ernst Kalb, a través del altavoz—. ¡Hemos Establecido contacto con una patrulla espacial de socorro! ¡El coronel Gunther acaba de decirme que pronto estarán rodeándonos!

Terry Cobourn se envaró y alzó su arma, apuntando a Russell. Su rostro pareció sufrir una transformación.

—¡Quieto, Russell! ¡Colóquese usted mismo las anillas magnéticas. Diana, por favor, despierte a Kurt... Usted, Clark, termine su bocadillo y átese también.

—No vale la pena —replicó Clark—. No pienso mover ni un dedo en contra de usted, Cobourn.

—Ni lo intente. Pero me sentiré más seguro sin tener que vigilarles.

—¿Y mis cuartillas? —preguntó Diana.

—El señor Kalb las enviará. Se las dejaré en la parte de afuera de la escotilla del mirador.

Diana sacudió a Kurt, quien se sobresaltó, abriendo los ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Una patrulla de naves espaciales se acerca.

Kurt se puso en pie de un salto. Fue hacia Terry y preguntó:

—¿Qué han dicho?

—Todavía nada. Pero.... Temo lo peor. El individuo que viene al frente de esa flotilla es un antiguo conocido mío.

—Sí. ¿Recuerdas el oficial que me quitó a Greet, y por el que hube de irme a Manchuria?

—Sí.

—Se llama Gunther, Ian Gunther. Y supe que era coronel de las fuerzas espaciales. —En la voz de Terry Cobourn vibró el antiguo resentimiento.

—¿Por qué lo han enviado a él?

—Puede ser casualidad, pero no lo creo. Han tenido tiempo de estudiar nuestro primer mensaje. Intuyo una acción de fuerza contra mí, presión férrea que resistiré hasta el fin.

—Me mantengo a tu lado, Terry —afirmó Kurt, seriamente.

—Gracias, Kurt. Sé que eres un buen chico. Pero deseo darte una oportunidad de seguir viviendo. Estoy convencido de que al frente de «Smiorn» puedes hacer mucho bien a la humanidad. Regresa con tu padre. Espera pacientemente que muera y luego destruye, si es tu deseo, todo cuanto haya hecho. Pero eso sería estúpido. En cambio, colocar sobres con dinero en los buzones de la gente humilde me parece una obra maravillosa.

—Tú no eres un asesino, Terry. Nunca has dicho la razón verdadera por la que mataste a McIntish.

—Por dinero —replicó Terry, sarcástico.

—No fue por eso. Su mujer te dio un sobre con datos y referencias.

—¡Cállate, estúpido! ¿Qué importa eso ahora? Gregory está muerto. Yo le disparé y me detuvieron... ¡Dejemos eso ahora!

* * *

A través de un canal de comunicaciones que estableció Ernst Kalb, el coronel Ian Gunther se dirigió, poco después, a los dos hombres que retenían la nave comercial «Zeek-567-U», en vuelo orbital Tampa-Imsk. Su voz llegó grave y autoritaria a través de los altavoces de la cabina de control de vuelo:

—Atención, les habla el coronel Gunther, jefe de la XVII Flotilla de las Fuerzas Espaciales del Dominio. Nos han informado de que Terry

Cobourn, alias Albert Fisher, y Kurt Flagel se han apoderado del control de vuelo de la nave «Zeek-567-U», raptando al comandante y al tercer oficial, y obligando al resto de la tripulación, bajo amenazas de destrucción de la nave, a modificar el rumbo. ¿Pueden oírme bien los dos sediciosos aludidos?

—Te oigo perfectamente, piojoso teniente Gunther —contestó Terry, con voz hostil—. ¿Y tú, me oyes a mí?

Hubo un breve silencio de radio.

—Sí, le oigo, Cobourn. Y debo decirle que deponga su actitud y deje en libertad al comandante Russell, dejándose apresar. Será usted conducido a esta patrulla y devuelto a la Tierra, donde se le juzgará.

—¡Óyeme bien, cerdo. ¡Tú sabes quién soy! ¡No es la primera vez que nos vemos! ¡No obedeceré ninguna de tus órdenes!

—Si no obedecen, ocuparemos la nave y les sacaremos de ahí a la fuerza.

—No lo intente, coronel —intervino Kurt Flagel—. Estoy con Terry hasta el fin de todo esto. Ignoro qué instrucciones le han dado a usted, pero, si yo muero, estoy seguro que perderá esos hermosos galones que luce tan inmerecidamente.

—¡Por favor, señor Flagel! —se oyó, suplicante, la voz del coronel Gunther—. No debe usted hacer causa común con un asesino, convicto y confeso, que se ha evadido de una prisión civil por asesinato a sueldo.

—¿No fue usted quien envió a Terry a Manchuria a matar orientales por mucho menos dinero?

—Le ruego que atienda lo que debo comunicarle. Se trata de un mensaje extraoficial, de su señor padre.

—¡No quiero saber nada de mi padre! ¡Me tapo los oídos! Respóndele por mí, Terry.

—Recibido tu mensaje, bastardo. Envía mis saludos a Greet. Estará entusiasmada al saber que, de nuevo, su digno esposo, se enfrenta conmigo y pretende eliminarme. ¿Qué harías si no estuviese Kurt conmigo?

—¡Puedes tener la seguridad de que te destruiría con placer! —masculló la iracunda voz de Ian Gunther, a través de las ondas.

—No lo dudo. Pero te vas a quedar con las ganas, Ian. Ya sabes cuál es nuestra petición. Queremos una nave militar, equipo de vacío y provisiones para dos años, en conservas antitérmicas. Aceptaremos también píldoras alimenticias. Todo eso lo pagará el señor Kurt Flagel, gustosamente.

»Y, por último, exigimos libertad de maniobra para poder huir al hiperespacio. Los rehenes seguirán con nosotros, pero serán devueltos

en una piragua de auxilio que fijaréis a la nave.

—¡No! ¡Jamás se os dejará salir de ahí! —gritó Ian Gunther.

—Entonces moriremos y todos los pasajeros y tripulantes de esta nave morirán con nosotros.

Ian Gunther no contestó, cortando la comunicación.

Terry miró a Kurt y preguntó:

—Crees que todo saldrá bien, ¿eh?

—No lo sé... ¡Ni me importa!

—Ayer parecías arrepentido de haberte unido a mí.

Kurt Flagel sonrió.

—A las personas hay que tratarlas para conocerlas bien. Y, a propósito, ¿trataste bien a ese coronel, cuando os conocisteis en la academia de Buttler?

—Sólo le traté la cara con los puños. A la que conozco bien es a la mujer que se casó con él. Por ello deduzco ahora cómo es él.

—¿Cómo? —insistió Kurt, interesado.

—¡Un perfecto imbécil!

—No se da el mando de una flotilla espacial a un incompetente —intervino el comandante Russell, seriamente—. Ese hombre les meterá a ustedes dos en cintura.

—Sí, sí —bromeó Terry, volviéndose a Diana—. Deme su trabajo. Voy a dárselo a Kalb, para que lo envíe. Veremos si alguien se atreve a retenerlo.

Previamente, Terry Cobourn habló por interfonovisor con el segundo oficial de la nave, que era el que disponía de la cabina y el control de comunicaciones. Luego subió la escotilla del mirador astronómico y la abrió unos centímetros para hacer pasar las cuartillas de plástico que había redactado Diana Pomeroy.

Luego cerró de nuevo la escotilla. Al descender, su ceño estaba fruncido. Se plantó delante de Russell y le miró fijamente.

—¿No es posible, desde aquí, hacer estallar una de las pilas atómicas del reactor?

—Ni lo sueñe, Cobourn —contestó Russell.

—¡Pues tendrá usted que decir que es posible! Invente algo para cuando vuelva a llamar Gunther. Necesito sembrar la duda en la mente de esa culebra humana.... ¡Y tiene usted que ayudarme!

—No.

Terry agarró del cuello a Russell con una sola mano.

—¡Usted no sabe de lo que soy capaz, comandante!

—Mucho me temo que sí... ¡Suelte, demonios! ¡Me ahoga!

Hubo de intervenir Kurt, tirando de Terry para hacerle soltar al otro del cuello.

—Déjale. Es estricto en el cumplimiento de su deber. No puedes exigir que falten a su honor.

—Tú y yo somos distintos, ¿eh? —replicó Terry—. Bien, ahora vendrá lo peor, Kurt. Si quieres vencer a tu padre, tienes que permanecer unido a mí.

—Lo estoy.

— Me alegro... ¡Porque mi intención es destruir la nave antes de caer en manos del coronel Gunther!

Estas palabras parecieron quedar flotando en el aire enrarecido de la cabina de control de vuelo. Y, durante un rato, nadie habló...

CAPÍTULO V

Fue Jack Clark quien aclaró las dudas de Terry, poniendo en funcionamiento una pantalla de observación exterior que había sobre el panel de mando. Antes, el tercer oficial fue librado de sus esposas magnéticas y autorizado por el comandante Russell, quien había dicho:

—De acuerdo, Cobourn. El saber lo que está haciendo Gunther puede ayudarnos a todos.

¡Y la XXVII Flotilla de las Fuerzas Espaciales del Dominio Unido, estaba abordando a la gran nave comercial!

A ello se debía el silencio de la radio.

Pudieron ver una plateada nave militar situada justamente al costado de la «Zeek-567-U», de la cual se había abierto una escotilla. Soldados equipados estaban pasando abordo de la nave de pasaje.

—El fin se acerca —murmuró Diana, tristemente.

—¡Un diablo! —rugió Terry, dando media vuelta y yendo hacia el cerrado armario de las armas.

Lo abrió y tomó dos rifles de vibraciones desintegrantes, que se guardaban allí para posibles eventualidades.

Todavía amarrado a su silla, Russell preguntó:

—¿Qué se propone hacer con eso?

—Luchar. Tengo más experiencia de la guerra que todos esos soldados juntos. Esta nave es grande. Con suerte, en pocas horas la limpio de tropas.

—No se lo aconsejo, Cobourn. Será vencido.

—¡Pero habré demostrado que mi amenaza no era vana! Toma, Kurt. ¿Sabes cómo se maneja esto?

Kurt Flagel se acercó y tomó el rifle, moviendo la cabeza, negativamente.

—Jamás he utilizado ninguno de estos cacharros.

—¿Te atreves a disparar en defensa de tus principios?

—Lo haré en defensa de mi vida.

—¡No debe hacerlo, Kurt! —intervino Diana.

—No se meta en esto, señorita Pomeroy —replicó Terry, secamente —. Se empuña de este modo... Aquí tiene el seguro... ¡Ya está descorrido! Este botón negro es el disparador: No temas. La vibración es invisible. Todo lo que se encuentre dentro de la línea de tiro recibirá una sacudida magnética, que se inicia en todas las moléculas de su trayectoria, y si alguien cae dentro de su influencia, puede morir parcialmente desintegrado.

»Es un arma fácil de manejar y escasamente peligrosa para el que

está situado detrás de ella.

Kurt tomó el arma y apuntó a Terry, quien gritó:

—¡No me apuntes a mí! Apunta al suelo… Escucha, Gunther enviará a sus tropas hacia aquí. Puede que ya estén en el pasillo. Ellos no pueden tirar a matar, estando tú. Eso es seguro. Posiblemente empleen algún medio distinto. Gases somníferos, bombas paralizantes o balas insensibilizadoras. No pueden hacer distinciones. Si matan, nos matarán a todos. Pero yo les voy a dar que pensar.

—¿Vas a salir?

—Abriré la puerta sólo un instante… ¡Y Dios libre al que esté situado en mi línea de tiro!

—Por favor, Terry —intervino Diana—. No lo haga. Van a morir soldados inocentes.

—La misión de un soldado es obedecer las órdenes que recibe. Yo respeto eso. Pero si no quieren exponerse a morir, que no vayan al ejército. Nadie les ha obligado a ingresar. Les atrae el peligro. Sé mucho de eso. ¡Y yo estoy defendiendo mi libertad y mi vida! ¡Esto es una pequeña guerra entre nosotros y las fuerzas enviadas a detenernos! ¡En las guerras, ambos contendientes se exponen a sufrir daño!

—¡Si disparan esas armas no esperen mi ayuda! —amenazó la muchacha.

Terry miró fijamente a Diana.

—¿Tu ayuda, preciosa? ¿Qué ayuda puedes darnos? Ya has cumplido tu misión. Si pudiera sacarte de aquí, sin riesgo, lo habría hecho… Ah, sí, en algo puedes ayudarme. Eres una chica valiente, y bonita. Me gustas, Diana… Y si quieres hacer algo por mí, puedes hacerlo.

—¿Qué? —preguntó ella, apenas sin voz.

—Dame un beso… Será lo único bueno que habré recibido en toda mi vida. Y, si muero en la contienda, tu recuerdo irá conmigo a la eternidad.

Todos quedaron sorprendidos al ver a Diana acercarse a Terry y besarle suavemente en los labios. Al retroceder, bajando la mirada al suelo, ella murmuró:

—Haz lo que tengas que hacer, Terry.

Él la miró y no replicó.

—¿Es usted capaz de haberse enamorado de ese hombre, señorita Pomeroy? —inquirió Russell, atónito.

—Si conozco a alguien más necesitado de amor, es él —contestó la joven.

* * *

Habría podido desmaterializar la puerta, pero la necesitaba como escudo. Lo que hizo fue abrirla, retirando el resorte automático. Luego, se tendió sobre el piso, ante ella, enfilando el cañón del rifle vibratorio hacia el pasillo que había al otro lado del cromoníquel, donde suponía apostada a la tropa.

Al descorrerse la puerta, el arma que empuñaba Terry Cobourn entró en funciones, siseando ásperamente. ¡Y fuera, media docena de hombres, pillados por sorpresa, sintieron que sus piernas se deshacían, como si fuesen de mantequilla segada por una hoja de acero candente!

—¡Cierra! —gritó Terry a Kurt, rodando sobre sí mismo.

Kurt empujó el resorte automático de cierre. En el pasillo, los gritos de angustia hicieron taparse los oídos a Diana.

Russell palideció, tornándose blanco como la nieve.

En cambio, Terry Cobourn se levantó, mascullando:

—Eso demostrará a Gunther que no es fácil meterse conmigo.

—¡Ha sido un sacrificio inútil! —gritó Jack Clark, que continuaba suelto, recostado sobre el tablero de control.

—¡Cállese! —rugió Kurt, volviendo su rifle hacia el tercer oficial.

—¡No dispare, por Dios!

—No he tirado a matar —dijo Terry, mirando a Diana, cuyo semblante parecía desencajado—. Si los atienden a tiempo, esos hombres recibirán ayuda y piernas de repuesto. Sólo quiero demostrar a Gunther que estoy dispuesto a todo.

Diana fue a refugiarse en un rincón, donde prorrumpió en llanto.

Sin hacerle caso, Terry se acercó a Kurt.

—Creo que puedo desalojarlos de esta nave. Sospecho que Gunther evacuará a la tripulación y los pasajeros y colocará a sus tropas en los puntos importantes de la nave. Pero esos hombres no conocen las argucias que yo aprendí en Manchuria y los puedo volver locos... ¡Sería divertido que Gunther sufriera una rebelión!

—¿Tan superior te crees? —quiso saber Kurt.

—Más que Gunther y todos sus hombres juntos... Hay treinta hombres en cada nave. Son seis «Gamides», por lo tanto, suman ciento ochenta hombres. En un bosque petrificado de Yungki, eliminé en una noche a mil doscientos orientales, con ayuda de Bill. Tocamos a seiscientos por barba. Y no paramos de movernos ni un instante... ¡Y eso que nos tiraban hasta con balas del siglo XX!

En aquel mismo instante, el altavoz de comunicaciones interiores zumbó. Se oyó la trémula voz del segundo oficial Kalb, diciendo:

—Atención, les habla el coronel Gunther.

Otro zumbido y la voz frenética de Ian Gunther llegó hasta la cabina, rugiendo:

—¡Tú te lo has buscado, Terence Cobourn! ¡Te aseguro que no saldrás vivo de ahí! ¡Eres un miserable y cobarde asesino! ¿Por qué no has tirado a matar? ¡Habrías estado más en tu línea de conducta!

—Está usted equivocado, coronel Gunther —replicó Kurt Flagel—. No ha sido Terry el que ha disparado... ¡He sido yo! Hágaselo saber a mi padre. Ya pueden disparar a destruirnos, si quieren. Lucharemos contra todo el que intente impedir nuestra emancipación.

—¿Se ha vuelto usted loco, señor Flagel? —inquirió, no muy segura, la voz del coronel Gunther.

—Está igual de loco que yo, Ian —dijo Terry, apretando el brazo de Kurt, en gesto de gratitud y simpatía, por el gesto valiente del joven millonario—. Y mándanos más soldados. Cuando los haya eliminado a todos, iré a por ti.

Gunther volvió a cortar la comunicación, bruscamente.

Terry corrió al tablero de comunicaciones y llamó a Kalb, pero ya no obtuvo respuesta. Era evidente que los técnicos militares ocupaban la cabina de comunicaciones exteriores.

—Quédate aquí, Kurt —dijo entonces Terry—. Voy a salir por la escotilla. Les daré otro susto y regresaré en diez minutos.

—¿Y si no vuelves? —preguntó Kurt.

—Hijo, en ese caso, toma el mando y haz lo que te dicte la conciencia. No tendrás otra ocasión como ésta para vengar la muerte de Eloise.

Antes de que Kurt pudiera responder, Terry trepaba por la escalera espiral, hacia el mirador astronómico, cuya escotilla abrió con infinitas precauciones, para agazaparse y exclamar:

— ¿Hay alguien ahí?

La escotilla tembló al recibir una descarga vibratoria. Un segundo después Terry la abría de golpe, asomando el cañón de su rifle y disparando en semicírculo, con una celeridad que desconcertó —¡a la vez que mataba!— a los dos soldados apostados cerca de la entrada del mirador.

Cuando Terry saltó fuera, los dos infortunados soldados estaban muertos. Alcanzados de lleno en la cabeza, sus cerebros sufrieron una caótica convulsión molecular.

Terry se acercó a ellos, sin apartar la mirada del pasillo que conducía al interior de la astronave, la cual había visitado anteriormente, al iniciar el viaje. Con su peculiar atención, el evadido de la prisión de San Francisco, se había fijado en todo, como si temiera que pudiese ocurrir algún percance durante el trayecto a Imsk.

Al acercarse, sigiloso, a la puerta del pasillo, adosó el oído al muro

metálico. Escuchó el vibrar de los otros ruidos, los cuales trató de clasificar.

Pronto supo que las botas de suela magnética de los soldados, porque en las naves militares la gravitación artificial no existía, señalaban su paso por los corredores. Terry sonrió y alzó su rifle vibratorio.

Algunos hombres venían hacia el mirador astronómico.

Anticipándose a ellos, Terry se deslizó hacia el interior del pasillo y se apostó en un ángulo muerto, junto a una escotilla de emergencia que iba a la sala de máquinas.

Pronto vio a un grupo de soldados. Eran seis y un oficial. Entre dos llevaban una máquina, cuya visión hizo dar un vuelco al corazón de Terry. Se trataba de un potente «vibrador artificial», inofensivo, pero capaz de transmitir a toda la nave un temblor que nadie podría resistir, sin caer al suelo.

Era evidente que Gunther había dado orden de colocar aquel objeto sobre la cabina de vuelo y hacerlo funcionar, mientras que hombres adiestrados especialmente, atacarían y destruirían las compuertas que se interponían entre atacantes y atacados.

Pero el grupo de soldados no realizaría su misión.

Terry actuó inopinadamente, disparando su vibrador hacia las piernas de la tropa y derribándolos a todos. Destruyó también la máquina que producía pequeños terremotos artificiales y luego voló por el pasillo, descendiendo al corredor inferior, donde sorprendió a otros cuatro soldados que hacían guardia ante la cabina de comunicaciones.

Considerando que su ataque había sido demasiado prolongado, y que habían transcurrido los diez minutos que le diera a Kurt, optó por regresar a la cabina de control de vuelo, no sin antes gritar, desde el fondo del pasillo superior:

— ¡Venid a recoger estos heridos!

Luego, regresó al mirador y penetró por la escotilla, que Kurt había cometido la imprudencia de dejar abierta.

Él la cerró y bajó rápidamente, quedando sorprendido al ver a Jack Clark luchando enconadamente con Kurt, mientras Diana permanecía a un lado, empuñando el rifle vibratorio.

—¡Basta! —gritó Terry, apuntando a los dos hombres—. ¡Alto, teniente Clark!

En el suelo, el tercer oficial de la nave se detuvo en su forcejeo. Kurt se incorporó. Tenía sangre en la comisura de los labios.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Terry.

—Me atacó… —empezó a decir Kurt, jadeante.

—¡Y le faltó valor para disparar contra él! Ese hombre es buen psicólogo. Le dijo a Kurt que no se atrevería a matarle, ahora que no estabas tú.

—Comprendo —aceptó Terry—. Para matar a alguien hay que tener un largo entrenamiento. No te preocupes, muchacho. He realizado una buena labor en mi primera incursión. Creo que han evacuado a los pasajeros... ¡Vamos, Clark, en pie!

El tercer oficial se incorporó mientras Diana devolvía el rifle a Kurt, el cual dijo:

—Otra vez no vacilaré, Clark... ¡Si me ataca, le mataré!

—No tendrá otra ocasión —declaró Terry, empujando a Clark hacia la silla contigua a la de Russell—. Le solté para que pusiera en marcha la pantalla de observación exterior. ¡Siéntese ahí, héroe!

Clark tenía más miedo a Terry que a Kurt. Se sentó y se dejó esposar las manos y los pies. Cuando estuvo atado, dijo:

—Ha sido una buena pelea, ¿eh, millonario?

—Pretendían producir un seísmo artificial. No es muy ingenioso mi amigo Ian Gunther.

—¡Están evacuando a los pasajeros! —exclamó Diana, de pronto, señalando a la pantalla de observación exterior.

En efecto. Todos pudieron ver a varios soldados, con equipos de vacío pasando de la nave comercial a la nave de guerra situada junto al casco de la primera, a una mujer, a la que habían colocado una escafandra de vacío.

Luego pasaron a un hombre. La tropa se daba prisa. Flotando en el vacío exterior habían otros soldados armados con fusiles de rayos desintegrantes.

—¿Qué es lo que se proponen? —preguntó Diana.

—Era de esperar —declaró Terry Cobourn—. No quieren correr riesgos con los pasajeros. Dejarán la nave vacía o sólo ocupada por tropas. Pero yo los iré eliminando.

—¿No sería mejor que es fueran estos también? —preguntó Kurt, señalando a Russell y Clark—. Diana tampoco tiene nada que hacer aquí.

Terry miró a la joven irnos instantes.

—¿Quieres irte, Diana?

Ella negó con la cabeza, diciendo, a continuación:

—La noticia se ha de producir aquí. Aunque corra peligro, deseo conocer el desenlace.

—Pueden tratarte de colaboradora nuestra —remarcó Terry.

—No me importa.

—¿Y usted, Russell, quiere irse?

—No. Ésta es la nave que me confió la compañía. ¡Jamás la abandonaré!

Jack Clark, en cambio, al ser preguntado, contestó :

—Sí, deseo salir de aquí. El coronel Gunther es capaz de disparar contra nosotros y destruirnos a todos.

—No es usted tan buen psicólogo como presume. Ian Gunther no hará eso, mientras esté aquí Kurt Flagel. Cualquiera de ustedes le importaría muy poco destruirle con uno de sus cañones desintegrantes... ¡Pero Kurt es mi mejor escudo!

»Voy a soltarle, Clark. Quiero que lleve un mensaje a Gunther —continuó diciendo Terry, mirando atentamente al tercer oficial—. Le dirá usted que no conseguirá doblegarnos y que, poco a poco, iré eliminando a sus hombres, de cuyas muertes él sólo será responsable. Recuérdele que estuve en Manchuria luchando prácticamente solo durante la mayor parte de la campaña... ¡Y que sobreviví! Dígale que, aunque mi cuerpo está casi totalmente cambiado, mi cerebro es el mismo y la memoria no me falla. Una vez le rompí las narices, pero esta vez le partiré el corazón en trozos. Alguien tiene que pagarme lo que sufrí en la guerra, y eso se lo debo a él. ¿Le dirá usted eso, Clark?

—Se lo diré, Cobourn.

Terry quitó las esposas a Clark a medias, para permitirle que él se las terminase de desprender. Luego, le indicó la escotilla del mirador astronómico.

—Suba por esas escaleras y salga. Avise que no disparen antes de asomar la cabeza. Los soldados están nerviosos.

Clark estrechó la mano de Russell, diciendo:

—Le admiro a usted, comandante. Yo en su lugar, habría hecho lo mismo que usted. Le deseo suerte, señor.

—Gracias, Jack. Yo también a usted.

Jack Clark subió entonces la escalera. Cuando estuvo arriba, acompañado por Terry, abrió la escotilla unos centímetros y gritó:

—¿Hay alguien ahí? No disparen... Soy uno de los rehenes. Me dejan en libertad y llevo un mensaje para el coronel Gunther.

No contestó nadie. Clark miró a Terry.

—Parece que no hay nadie —dijo.

—Salga, pues.

Nada más hubo hecho Clark que asomar medio cuerpo fuera de la escotilla, una descarga vibratoria le sacudió de pies a cabeza, haciéndole caer de espaldas y rodar por la escalera, muerto ya.

Terry se agazapó y dejó caer la escotilla, cerrándola por dentro apresuradamente.

Hecho esto saltó hacia Clark, examinándole rápidamente. Kurt y

Diana se acercaron.

—La primera víctima inocente —musitó Terry, con voz ronca—. Nos achacarán su muerte, ¡pero le han matado ellos! Esos malditos soldados están demasiado asustados para controlar sus nervios.

—¡Han debido darle órdenes de disparar contra el que intente salir de aquí!

—¿Quiere eso decir que no piensan tener consideraciones con ninguno de nosotros? —inquirió Diana.

—No lo sé... Pero el pobre Clark no se merecía la muerte.

Entre Kurt y Terry bajaron el cuerpo del tercer oficial. Russell les miró, horrorizado.

—¡Esto es culpa de ustedes! —acusó.

—¡Les dijo quien era y rogó que no disparasen! Nadie contestó, pero al verle asomar le mataron —replicó Terry.

—No importa. Ha muerto por culpa de usted.

—¿Y cree que le importa a mi conciencia cargar con una muerte más, comandante? —replicó Terry, exasperado—. Para que unos vivan han de morir otros. Yo sé que ha sido Gunther quien le ha matado. Eso me basta. Yo le dejaba salir. Usted no ha querido y sigue con vida.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó Russell.

Nadie podía responder a esta pregunta. Sin embargo, cosa de media hora después, la voz de un oficial de comunicaciones llegó hasta ellos, procedente del altavoz que comunicaba con el espacio exterior.

—Oiganmé, pasajeros de la nave «Zeek-567-U». Les habla el capitán Brower, de las fuerzas espaciales, en nombre del coronel Gunther. Hemos desalojado totalmente su nave. Los pasajeros están con nosotros. No hay nadie a bordo. Hemos recibido órdenes de darles escolta mientras dure el viaje sin fin que ustedes mismos han elegido.

»No llegarán jamás a Imsk, ni a ninguna parte. Les estamos dirigiendo desde el exterior, para colocarles en una órbita muerta, en torno al Sol. Tienen alimentos para bastante tiempo, y, por lo tanto, no nos necesitan, por ahora.

»Hacemos esto en cumplimiento de órdenes recibidas desde la Tierra. No queremos su muerte, ni siquiera pelear con ustedes. Permanecerán ahí, encerrados, junto con sus rehenes, hasta que ustedes quieran. Mantendremos una comunicación abierta para cuando deseen entregarse. Si así lo hacen, serán juzgados por rebelión sideral. La justicia dictará el castigo que merecen...

—¡Hay aquí dos personas que son inocentes! —gritó Terry.

— Les repito que pueden salir cuando quieran. Sólo tienen que avisarnos y nos situaremos a su costado para recogerles. Ustedes

también pueden salir.

—Yo no saldré jamás —declaró Terry, firmemente.

—Ni yo tampoco —añadió Kurt Flagel—. Díganselo a mi padre.

—Yo prefiero quedarme —terminó Diana—. Mi presencia aquí mantendrá en vivo a la opinión pública.

—¡Y yo no abandonaré mi nave jamás! —declaró Russell.

CAPÍTULO VI

Terry Cobourn miró a Diana y sonrió. Acababa de despertar después de permanecer dormido más de cuarenta y ocho horas seguidas y le había costado gran esfuerzo despegar los párpados.

Diana tenía en las manos una bandeja con un humeante y opíparo desayuno.

—Hola, ¿dónde estoy?

—En tu propio camarote —dijo Diana, dejando la bandeja sobre la mesita extensible y tomando asiento a los pies del lecho.

—¿Y Kurt Flagel?

—Está con el comandante Russell visitando la sala de máquinas, las cuales no funcionan. Tu amigo Gunther las detuvo y se llevó algunos aparatos y sus respectivos recambios. Vamos a la deriva.

—¡Vaya! ¿Hacia dónde?

—Hacia ninguna parte —replicó Diana, con flema.

—Excelente situación. ¿Nos casa el comandante y celebramos una fiesta?

—No —replicó Diana, sin dejar de sonreír.

—¿Y eso?

—No te quiero.

—¡Vaya, lo siento! Había llegado incluso a forjarme ilusiones... ¿Cómo fue que me dormí?

—Llevabas seis días tomando píldoras contra el sueño. Un buen record.

—Hubiese podido estar un mes. ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Cuarenta y ocho horas... ¿Por qué quieres casarte conmigo?

—Me gustas, Diana.

—También gusto a Kurt.

—¡Ah, eso no lo sabía! ¿Cuánto te lo ha dicho?

—Ayer, mientras hacíamos el inventario en el almacén de aprovisionamiento. Él teme que esto vaya para largo.

—Todo el tiempo que él quiera. Debes comprender que nosotros significamos poco para la sociedad. Y Gunther nos destruiría con placer. Elegí bien a mi compañero de rebelión, ¿verdad?

Él hablaba en un tono que no pasó inadvertido para la aguda intuición de Diana, la cual no quería eludir el tema iniciado.

—Kurt me necesita más que tú.

—Bueno, eso no importa, pequeña. Mi corazón es de piedra ya. Además, mi fin ha de ser brusco, inesperado. Estoy condenado desde que maté al padre de Bill.

Diana arqueó las cejas, sorprendida.

—¿Quién es Bill?

—El amigo con quien compartí durante cuatro años un refugio antiatómico en Manchuria... ¡Bill Mclntish!

La memoria de Diana retrocedió súbitamente al momento en que Terry le estaba explicando su historia. Y ahora comprendió la razón por la que apenas si habló del compañero al que estuvo cuidando, y con quien debió compartir los peores momentos de una guerra que tanto había afectado a su vida.

—Entonces... ¡No entiendo! —Diana se llevó las manos a la cabeza, como aturdida.

—Gregory Mclntish fue mucho más canalla que el padre de Kurt. Después de todo, éste quiere que su hijo sea como él. Aquél odiaba a su hijo. Lo envió a la guerra, casi contra su voluntad. ¿Crees que un hijo de veintidós años puede ser un estorbo para un padre?

—No... no sé, Terry. Pero, ¿fue por él, por tu compañero Bill, que mataste a su padre?

—Se lo prometí a Bill antes de que muriera. Era mi deber hacerlo. Lo que Bill sufrió durante aquellos años, minado por la radiactividad, no lo sabe nadie más que yo. No podía llevármelo a ninguna parte. Su muerte era segura. Pero él se aferraba desesperadamente a la vida, porque era joven y quería vivir. Jamás intenté desengañarle. Le consolé todo lo que pude. Llegué a amarle más que a mí mismo. No se puede vivir con un amigo dentro de un fétido y pestilente agujero, sin llegar a sentir algo por él. Pese a ello, una noche decidí abandonarlo. Ya no podía resistir más. Me estaba muriendo igual que él.

»Era invierno y la nieve lo cubría todo. Le dejé agua y los últimos alimentos que logré recoger. Yo me iba sin nada. Le escribí una nota mientras dormía y me fui.

»Pero la conciencia me remordió desde el primer momento. Acortaba la vida de Bill. Le había desahuciado, condenado, ¡asesinado por cobardía!

»Tuve la suerte de asaltar un nido enemigo y acallar los sufrimientos de un oficial y tres soldados orientales que vivían en peores condiciones que nosotros. Esto me devolvió la moral. Encontré cargas para nuestras armas, algunos medicamentos y muy escasas provisiones. Aquellos infelices las estiraban meticulosamente, para sobrevivir hasta el deshielo.

«Regresé con todo aquello junto a Bill. Estaba despierto y no me hizo ningún reproche. Había leído mi carta. Me estrechó la mano.

»Hay otro detalle curioso. Aquella noche, mientras yo dormía, se levantó de su lecho de pieles y me besó en la frente. Me enteré luego. Yo era para él la única persona decente y honrada que había conocido.

«Por eso no pude abandonarle hasta que murió. Y le destruí para que su cuerpo martirizado por el sufrimiento no fuese jamás conejo de experimentación médica.

«Pero mucho antes de morir me contó su vida. Me habló de su padre, un importante hombre de negocios, aunque no tanto como Flagel. El vicio de aquel canalla eran las mujeres. Su primera esposa, la madre de Bill, murió en un accidente aéreo. Él fue enviado a un colegio y cada dos o tres años veía a su padre. Un encuentro frío, distante. Gregory Mclntish venía siempre con una mujer distinta. Bill le preguntaba por su madre y él no quería responderle. Se casó tres o cuatro veces, hasta que conoció a Eve Buggler, la cual era peor que él.

»Gregory Mclntish había hecho una fortuna. Bill creía que todo se debía a la ayuda que recibió su padre con el seguro recibido por la muerte de su madre. Claro que el padre trabajó bien aquel dinero y lo aumentó.

»Bill no logró averiguar esto ni cuando se enfrentó abiertamente con su padre, ya graduado como ingeniero cibernético, a los veinte años. ¡Un chico con talento, créeme!

»Para Eve Mclntish, aquel joven era un inconveniente. El destino haría que yo supiera todo esto más tarde… ¡Es curiosa la vida, Diana! Cuando salí del hospital, mi intención era cumplir la promesa que hice a Bill antes de su muerte. Pero me resistí todo lo que pude. Tenía dinero y deseaba olvidar los sufrimientos pasados. Sin embargo, estaba seguro de que, tarde o temprano, habría de afrontar la promesa que hice.

»Eve Mclntish logró convencer a su marido para que se librara de Bill. Éste le estorbaba. Ella planeaba la muerte de Gregory desde hacía tiempo, a fin de quedarse con su dinero. Pero si moría el marido, toda su fortuna podía ser reclamada por Bill.

»¿Sabes lo que ideó, aquella bruja maquiavélica? Falsificó una petición de ingreso en el ejército, a nombre de Bill. Naturalmente, cuando llamaron a Bill, éste negó que hubiese firmado nada. Hubo una avenencia militar y el padre de Bill compareció como testigo. Al mostrarle la firma falsa de Bill, admitió canallamente reconocerla y afirmó que era de su hijo. Además, añadió que él mismo lo había visto redactar la petición de ingreso, después de haber tenido un altercado. Bill Mclntish debía estar alterado cuando firmó la petición, y por eso su firma no parecía ser suya.

»La declaración del padre fue suficiente. El tribunal militar ordenó que Bill Mclntish debía cumplir su compromiso firmado y lo enviaron a Manchuria, donde en aquellos momentos hacía falta hombres jóvenes.

»Pero Gregory Mclntish siguió con su afición a las mujeres, olvidándose pronto de su hijo y de su esposa, la cual le había inducido a librarse de modo tan canalla de Bill.

«Gregory Mclntish habría muerto muchos años atrás. Ése era el objetivo de su mujer. Pero se fue a Europa y estuvo allí durante todo el tiempo de la guerra. Eve Mclntish estuvo en Nueva York. Así se libraron ambos de perecer en el bombardeo atómico de San Francisco. Luego, por lo que perdieron, él habría de obtener del gobierno mucho más, acrecentando su fortuna.

«Quiso divorciarse de Eve, pero ella lo impidió. Lo malo es que Eve no sabía si Bill había muerto o no en Manchuria, porque su nombre no estaba en la lista de bajas oficiales. Menuda jugarreta le deparaba el destino a la bruja maldita.

«Habría de ser yo, estando en el hospital, quien señalé la muerte de Bill, entregando su placa. Un año después, el nombre de Bill Mclntish era dado oficialmente por muerto en campaña. ¡Y su padre cobró un cuarto de millón de «Bills»!

—¡Es horrible lo que me estás contando, Terry! —exclamó Diana —. No creí que hubiese gente así.

—¡Ya lo creo que la hay, y más de lo que imaginas! Cuando Gregory Mclntish murió de los disparos explosivos que le hice, dejaba a su viuda con la que no vivía desde hacía años, más dé nueve millones de «bills». ¿Comprendes ahora por qué Eve Mclntish quería matarle?

—¿Y te buscó precisamente a ti, que habías jurado vengar a tu amigo de la canallada de aquel padre infame?

—Eso son cosas del destino. Hay algo, más allá de nuestra comprensión, que parece señalar los pasos de la gente en esta tierra. Yo acababa mi dinero, no tenía trabajo, y necesitaba ganar algo. Matar a unos cuantos tipos infelices no me costaba nada. El amigo al que conocí en el hospital me presentó en la agencia secreta... ¡Y el primer caso que me encargan fue matar al padre de Bill!

—¡Por eso no hablaste de las instrucciones que te dio en el sobre Eve Mclntish!

—No quería relacionar a Bill con ellos... ¡Por la memoria de él!

—¿Le quisiste mucho?

—Más que a un hermano enfermo e imposibilitado. Comprenderás que, forzosamente, debía matar a Gregory. Pero mi intención era matar también a Eve y dejarla sin un solo «bill», cuando hubiese recibido su herencia.

»En eso estaba. Todo aquello pertenecía a mi amigo muerto en Manchuria. Yo era el legítimo heredero de Bill, y nadie más. En

justicia, ante Dios y los hombres, yo podía demostrar que Bill me dejó todo cuanto tenía en este mundo, incluyendo sus restos.

»¿ Comprendes ahora por qué maté a Gregory Mclntish?

—Sí, Terry... Creo que cualquier soldado que volviera de la guerra en tus condiciones y tu amarga experiencia, habría hecho lo mismo que tú. ¡Aquella gente merecía la muerte! Pero, ¿por qué no lo dijiste en el juicio?

—¿Por qué, Diana...? ¡Porque no quise que supiera el mundo que mi amigo tenía un padre tan miserable! ¡Por él, Diana! ¡Porque fue un héroe auténtico y me salvó la vida!

»Las heridas incurables de su cuerpo... ¡Todo cuanto sufrió!... Su prolongada agonía... ¡Fue por salvarme la vida!

* * *

Diana no pudo ocultar aquella historia. La escribió por la noche en su camarote. Empleó en ello toda la noche.

Cuando por la mañana —sólo los relojes eléctricos indicaban allí cuando era mañana, tarde y noche—, Kurt Flagel llamó a su puerta, anunciándole que:

—El desayuno está listo, Diana.

Ella se sobresaltó y abrió la puerta.

—¡Oh, Kurt; no he dormido en toda la noche!

—¿Has estado escribiendo?

—Sí, el relato más emocionante de mi vida, Kurt. Quiero que seas el primero en leerlo.

Él entró en el camarote y tomó el montón de cuartillas que había encima de la máquina de escribir electrónica.

—«Historia de una justa venganza», por Diana Pomeroy... ¿Qué es esto?

—Parte de la vida de Terry.

—¿No mandaste ya a la cadena T.D.C. la historia de Terry?

—Esto es nuevo. Me lo contó ayer... ¡Léelo!

Kurt se sentó y empezó a leer, interesado, una cuartilla tras otra. Estuvo más de quince minutos leyendo. El comandante Russell llegó hasta ellos lamentándose:

—¡Se enfría el desayuno, Kurt!

—Lea esto, comandante... ¡Y le dejo ganar diez veces seguidas al ajedrez si no aprecia usted a Terry a partir de ahora!

—¿Apreciar a esa hiena carnicera? Daría algo por entregarle a Gunther.

—No sabíamos bien quién era Terry. Espere a que el mundo sepa esto. Sé que mis noticias apenas se escuchan ya entre el público. Esto

va a ser una nueva bomba... ¡Terence Cobourn no cometió un asesinato, sino que cumplió la promesa hecha al compañero moribundo que le salvó la vida en la guerra de Manchuria!

Russell hubo de leer también la historia de Diana. Al terminar, se levantó y, sin decir palabra, abandonó el camarote, para dirigirse al puente, en donde estaba Terry sentado ante el apagado y mudo tablero de control.

—Señor Cobourn —dijo Russell.

Terry se volvió, sorprendido. Desde que decidió soltar al comandante de la nave, éste se había mostrado siempre distante y hostil hacia él. Pero no era un peligro, porque Terry controlaba las armas de a bordo.

Y la sorpresa de Terry fue enorme al ver que Russell le tendía la mano.

—Deseo pedirle disculpas, señor Cobourn. Ahora comprendo muchas cosas que antes no podía comprender.

—¿Qué quiere usted decir?... ¡Ah, ha hablado con Diana! No le haga mucho caso, comandante. Esa chica me aprecia algo.

—Acabo de leer su «Historia de una justa venganza». Sé que si llega al gran público, ese escrito causará furor. Tiene el vigor de una impresionante historia humana.

Terry aceptó la mano de Russell, musitando:

—De no haber sido por todo lo ocurrido aquí, jamás habría contado eso. Son secretos que deben llevarse a la tumba con uno... No sé por qué lo he hecho.

—¡Debió usted sufrir mucho allá, en Oriente!

—¡Más de lo que nadie es capaz de imaginar siquiera! Por eso sé que los sufrimientos de Bill Mclntish fueron tan enormes.

El silencio entre los dos hombres se prolongó hasta que llegaron Diana y Kurt, asidos de la mano. Desde la entrada de la cabina de control de vuelo, miraron a los dos hombres que parecían reconciliados, al fin.

—Russell —habló Kurt—. Diana quiere enviar su escrito por fotorradio.

—Sí, ahora mismo... Vamos a la cabina de comunicaciones. Ian Gunther va a quedar sorprendido.

—Pensará que es una patraña que nos hemos inventado —declaró Kurt.

—Temo que no quiera darle curso.

—Yo hablaré con él —dijo Diana.

Excepto Terry, todos fueron a la cabina de comunicaciones. Allí, Russell conectó las baterías auxiliares y efectuó una llamada a la

XXVII Flotilla. A los pocos minutos, el capitán Brower, en persona, respondió:

—Aquí el capitán Brower, oficial de comunicaciones de la XXVII Flotilla de las Fuerzas Espaciales del Dominio Unido. Hablen. Estoy a la escucha.

—Soy Diana Pomeroy, de la cadena T.D.C.

—Siento comunicarle, señorita, que ya no pertenece usted a dicha cadena informativa. Ha sido expulsada por extralimitación en sus deberes. La información de un acto de rebelión espacial no la autoriza a formar causa común con los sediciosos. Tenemos aquí una orden escrita de la Jefatura de nuestro departamento, confirmando su destitución. Al único que todavía se considera como prisionero es al comandante Russell.

—¡De todos modos, pese a esa arbitrariedad, debo enviar un escrito a la cadena T.D.C., en donde hablo de Terence Cobourn!

—Sabemos ya demasiado de ese asesino, señorita Pomeroy. No cursaré ningún otro informe. Son órdenes. Lo único que estoy autorizado a recibir es la súplica de que se entregan ustedes a nuestra autoridad.

—¡Eso no lo haremos jamás! ¡Y ahora menos que nunca, capitán Brower! —gritó Diana—. Puede usted decir al universo entero, que Terry Cobourn no es un asesino... ¡Y cuando estemos todos muertos y vengan ustedes a recoger nuestros cadáveres, encontrarán junto a mí la verdadera historia de una injusticia!

—Si no tiene nada más que decirme, corto la comunicación.

—Sí —intervino Kurt, acercándose a la placa difusora—. Soy Kurt Flagel. Le ruego que pidan a mi padre una comunicación directa y sin interferencias.

El tono de la voz de Brower cambió radicalmente, al oír a Kurt.

—Sí, señor Flagel. Inmediatamente avisaré al coronel Gunther.

—Gracias —dijo Kurt, secamente, a la vez que miraba a Diana con una resuelta fijeza, y añadía—: Deseo terminar cuanto antes con esto. Creo poder conseguirlo en beneficio de todos.

—¿Qué te propones?

—Voy a renunciar a mi rendición. Saldré de aquí y vosotros vendréis conmigo. Nadie os tocará ni un cabello.

En la puerta de la cabina de comunicaciones apareció Terry Cobourn, empuñando una pistola vibratoria.

—No, Kurt. Tú no te sacrificarás por mí ni por nadie.

—¡No se trata de ningún sacrificio, Terry! Escucha, he estado pensando en que el único necio aquí soy yo. Y quiso dejar de serlo desde este momento. No tengo por qué acatar la voluntad de mi

padre, sino imponerle la mía propia.

«Hablando con él directamente, creo conseguirlo. Pero hay más. Aunque él y yo creamos que nuestra conversación es privada, me consta que habrá alguien que interceptará nuestra conversación. Y yo sabré meter por medio la «Historia de una justa venganza». Eso dará qué pensar. Puede que lo publiquen o puede que no.

—¡No quiero que se hable de eso!

—Yo sí lo quiero... Por ti, por Diana y por Bob Russell. Nuestro desafío al mundo debe tener un desenlace feliz.

—¡Eres un ingenuo, Kurt! ¡La justicia no modificará sus sentencias!

—Puede que no, pero alguien se encargará de revisar tu caso. Hay aspectos que antes no se examinaron por tu silencio... ¡Y deseo que todos sepan cómo vivieron dos soldados en un refugio antiatómico!

—Si Kurt logra convencer a su padre, por salvarle a él puede salvarte a ti también, Terry.

—-No me interesa la salvación.

—¡Eres un egoísta! Nosotros estamos dispuestos a morir aquí, contigo, si es necesario. ¿Por qué no dejas que Kurt busque el modo de salvarte? —gritó Diana, blandiendo las cuartillas que había escrito—. Aquí hay materia para hacer recapacitar a más de un juez... ¡Russell te ha dado la mano!

—¡Russell es un sentimental, como todos vosotros! ¡Pero ni yo ni los jueces somos de esa casta!

—Te equivocas. Has vivido tanto tiempo aislado que desconoces algunas facetas del corazón humano. Especialmente, en tu caso existió indulgencia, por haber sido un luchador y no saberte adaptar a la sociedad. Si esto se divulga y se pide la revisión de tu causa, puedes salir absuelto.

—Sí, y me darán una recompensa. En esta misma nave he matado a varios soldados. Pasé del punto de la conmiseración. Sé que tengo que morir aquí, y mientras Kurt esté conmigo, seguiré viviendo. Ese fue mi primer plan.

»Pero ya empieza a no interesarme la vida. Os podéis ir todos. En cuanto hayáis salido de aquí, Gunther disparará contra mí y me destruirá.

—Yo no abandonaré jamás mi nave —dijo Bob Russell, estoicamente.

—¡Pero yo os puedo obligar a todos a que la abandonéis!

—¡Tendrás que matadnos! —gritó Kurt.

—¿Y crees que eso me importa?

—Sí, claro que te importa... ¡Aunque no quieras admitirlo, te importamos más de lo que tú mismo quieres confesarlo! Eres un...

La voz del capitán Brower, de nuevo en el altoparlante, interrumpió la discusión:

—Atención, aquí Brower… Concedida la comunicación privada con el señor Kurt Flagel. Que el hijo del señor Flagel se sitúe en una de las cabinas de comunicaciones aisladas. La conversación no será interferida.

Terry dio media vuelta y abandonó la camina de comunicaciones para ir a refugiarse a la cabina de control de vuelo.

Kurt, por su parte, respondió:

—Voy a instalarme en la cabina aislada número uno, capitán Brower.

—De acuerdo. Su padre desea hablar con usted únicamente.

Antes de dejar a Diana y a Russell, Kurt musitó:

—Deséame suerte, Diana.

CAPÍTULO VII

Los dos hombres se miraron fijamente a través de las pantallas que técnicos especializados en radioastronomía cuidaban atentamente para que la nitidez de imagen fuese perfecta.

Kurt tenía en la mano las cuartillas de papel plástico donde Diana había escrito la historia de Terence Cobourn.

—Hola, hijo —habló el padre, lentamente.

El hombre de edad tenía la voz cansada, profundas ojeras y acusadas arrugas en la frente, boca y párpados.

—¿Es que no puedo vivir libremente mi vida? —preguntó el joven, hostilmente.

—He luchado mucho, Kurty... Gracias a eso he llegado a ser uno de los hombres más importantes de mi época. Mi deseo era que tú continuases mi labor. —Ahora, Kurt Flagel Sr. se había recostado en su asiento, echando la cabeza hacia atrás. Pero no dramatizaba al hablar—. Es mucha la gente que depende de mí... ¡Cientos de miles de hombres viven del trabajo que yo les proporciono!

—Esos hombres vivirían a expensas de otros.

—Es algo muy discutible. Quizá estuviesen pasando hambre ellos y sus familias. Yo no he hecho el mundo, Kurty. Me lo encontré así cuando llegué a él. Y mi infancia fue muy triste, porque, en ocasiones, no tenía ni lo indispensable para vivir.

»Mi infancia no fue como la tuya, hijo. Tuve que luchar desde los diez años, pelear, trabajar y estudiar al mismo tiempo. Eso era una dificultad que tú no has tenido. A ti sólo te ha importado vivir libremente, no depender de mí... ¿Cuál ha sido mi error, Kurty?

—Tú no fuiste nunca para mí un padre como los demás.

—¡Los demás padres no han creado una fortuna de cien billones de «bills» que tengo en depósito! ¡Además, poseo industrias y comercios por valor de mil billones más! ¡Y todo lo he hecho en treinta años! ¿Podía entretenerme en explicarte cuentos de hadas cuando eras niño? ¿Para qué estaba tu madre?

»¡De eso hemos hablado con ella! ¡Tú sólo me culpas a mí, pero tu madre, en su frustrado resentimiento, no hacía más que inculcarte la rebeldía y la desobediencia hacia mí. Buena labor la suya, Kurty... Aunque, perdona. No creo que sea esta la hora de los reproches.

»Me han dicho que habéis matado a diez soldados y a un tripulante. ¿Es cierto eso, hijo?

Kurt vaciló antes de responder.

—Nos hemos defendido de un ataque dirigido contra nosotros por el jefe de la XXVII Flotilla. Fueron ellos los que dispararon contra el

tercer oficial.

—No es eso lo que me han dicho, Kurty. Pero no importa... Yo no quería llamarte. Estaba seguro que no me contestarías. ¿Qué es lo que quieres?

—Deseo terminar esta situación, papá.

—¿Papá? —Kurt Flagel Sr. sonrió tristemente—. Hace muchos años que no te oía llamarme así... Suena bien, ¿eh?

—Te hablo en serio.

—Bien, hijo. Tú eres el que lo ha iniciado. Puedes terminarlo cuando quieras. Nadie te impedirá salir de ahí. Te tratarán con toda consideración y serás traído aquí.

—Quiero que mis compañeros vengan conmigo.

—¿Tus compañeros? ¿Te refieres a un asesino, convicto y confeso, evadido de la prisión de San Francisco, y a una periodista ambiciosa y dañina que intenta encumbrarse a costa de este enojoso asunto?

—¡Te han informado muy mal, papá! Ni Terry es un asesino, como tu crees, ni Diana es una periodista ambiciosa.

—Eres muy ingenuo, Kurt. Ese Terence Cobourn es un deleznable asesino a sueldo. Nadie lo duda. Mató a un hombre por encargo de una esposa infiel.

Kurt se mordió los labios. Luego, gritó:

—¿No hiciste tú matar a Eloise?

—¡Noooo! —gritó el padre, poniéndose de pie con el rostro desencajado—. ¡Eso es lo que tienes contra mí! ¡En tu obsesión, me has creído capaz de matar a aquella infeliz! ¡Oh, Dios, abre los ojos a este ciego hijo mío!

—¿Eres capaz de jurármelo por la salvación de tu alma?

—¡Sí, te lo juro por lo que más quiero en este mundo, que eres tú! ¡Yo no hice matar a Eloise! ¡Aquella criatura estaba loca! No sé lo que viste en ella, Kurt.

—Era una mujer sincera.

—¡Pero estaba enamorada de otro hombre! ¡Se casó contigo por ambición, empujada por su amante! ¡Buscaban ambos tu dinero!

Kurt ocultó el rostro con la mano izquierda. Las lágrimas brotaron de sus ojos.

—¿Tienes pruebas de eso?

—Sí, las tengo... Una declaración del sinvergüenza al que Eloise quería. Pagué mucho dinero, pero aquel desaprensivo la hizo. Y no conforme con ello, porque estaba seguro que alguna vez me acusarías de esto, le hice someter, ante testigos, a un detector de mentiras. Tu mujer estaba muerta. Pero él lo dijo todo. Nadie me puede negar lo que guardo en un cajón secreto de mi caja de caudales.

»Sé que esto te duele… ¡Pero más dolor me causa a mí pensar que tú me crees el culpable de la muerte de aquella infeliz!

Kurt Flagel no pudo contestar. Un nudo glandular se le había formado en la garganta. La emoción era intensa.

—No te miento, Kurty. Vuelve aquí y te enseñaré esas pruebas. Podrás hablar con los testigos que presenciaron la prueba del detector de mentiras… ¡El propio Arthur Bossley te lo dirá!

—Sé cuántas cosas puedes comprar con dinero, papá —musitó Kurt, suavemente.

—¡Todo menos a ti, hijo! ¡Lo daría todo porque tuvieras fe en mí! ¿No me crees?

—Tengo veinticinco años, padre. Ya no soy un niño y uno no puede volver a nacer. Soy lo que tú has hecho de mí.

—Aunque me hiera profundamente, eso que dices no es cierto. Sigues siendo el niño mal criado de tu madre. Yo me habría sentido orgulloso de ti si, con las manos vacías, en Imsk o en cualquier parte, te hubieses podido ganar decentemente la vida.

»Pero estoy enterado de que has enviado a Imsk una cuantiosa fortuna que, en pocos años, los aventureros reunidos en Urano te la arrebatarán. ¿Por qué no te fuiste sin nada?

—¡Tú has dicho siempre que para ganar dinero hacía falta dinero!

—Y es cierto. Lo difícil es ganar el primer millón. Y en eso empleé yo veinte años de esfuerzos y sacrificios, que nadie conoce mejor que yo mismo.

»¡No sueñes demasiado, Kurty! Eres muy joven y tu experiencia no es la mía. Yo quería lo mejor para ti. Te quise educar para eso. El técnico perfecto para dirigir la más vasta empresa del mundo: tú, mi hijo.

»Tengo a mi alrededor hombres cien veces más capacitados que tú. Ellos habrán de aconsejarte en el futuro, cuando yo no esté a tu lado. Ellos podrán engañarte y apropiarse de tu fortuna, porque tú no eres igual a tu padre. A mí me temen y me respetan. Soy implacable en los negocios, porque no se puede ser de otra manera…

—Bien, dejemos esto. Estamos perdiendo el tiempo y tu dinero. Esta comunicación te costará muy cara.

—Puedo pagarla. Eso no me preocupa. En cambio, tú me haces perder muchísimo más. Hace más de una semana que no hago otra cosa que esperar y escuchar las llamadas plañideras de tu madre. ¿Qué puedo hacer? Estás desafiando a la ley, a la autoridad, al ejército del espacio y a todo lo instituido. Te has unido a un asesino. Has matado con él… ¿Crees que estoy satisfecho de ti?

—Puedo asegurarte que nos han provocado hasta obligarnos a

defendernos.

—Haré que se investigue eso, hijo. Si hay otros culpables, serán castigados.

—Y quiero que grabes estas páginas que voy a darte... ¡Esto debe ser publicado en la prensa!

—¿Qué es eso? —preguntó Kurt Flagel, mirando las cuartillas que blandía su hijo.

—La verdad sobre Terry Cobourn. Haz que lo publiquen y que se revise su causa.

—¿Y qué me importa a mí ese individuo? ¡Déjales, Kurt! No tienes por qué seguir con ellos. El jefe de la Flotilla te acogerá cordialmente y te traerá, sano y salvó, hasta aquí. Los otros tendrán que entregarse o serán aniquilados.

—¡Eso es lo que no quiero, papá!

—Está bien. ¿Cuáles son tus condiciones? Veo que me has llamado para imponérmelas. Estás muy seguro de ti mismo, ¿eh?

—Hablaremos de todo esto más detenidamente después. Veinticinco años son demasiados años para olvidarlos en un momento —habló Kurt, con expresión de tristeza—. Debes empezar a suponer que mi existencia ha cambiado durante esta aventura.

—¡Veremos si esa aventura, como tú dices, no te cuesta ir a la cárcel!

—Eso no me preocupa, ni a ti tampoco, papá.

—Tienes mucha confianza en el dinero de tu padre, ¿eh?

—Tú me lo has enseñado. Pero no se trata de eso. Si he cometido algún delito, estoy dispuesto a sufrir las consecuencias. Lo que no quiero es que se cometa una injusticia con Diana y Terry. Ellos van conmigo en esto. Ni me abandonan, ni les abandonaré.

—Comprendo. Esto es lealtad... ¿Y Terence Cobourn no es un asesino profesional?

—Según cómo se mire, papá. Toma tu grabadora y copia estas páginas. Te las iré pasando de una en una. Luego las lees y juzga tú mismo. Te aseguro que cuanto Diana ha escrito aquí es cierto. Los datos y fechas son determinativos y se pueden comprobar fácilmente.

Sobre la mesa de su despacho, Kurt Flagel Sr. tenía un moderno aparato capaz de fotografiar a sus visitantes sin que ellos se dieron cuenta. Grababa voces e imagen, tanto directas como transmitidas por visófono. Para el hombre de negocios no costó trabajo alguno copiar en unos instantes las páginas que le fue pasando su hijo.

Cuando terminaron, el padre preguntó:

—¿Si doy publicidad a esto, os entregaréis?

—Bueno... Terry no parece estar muy dispuesto a ello. No confía

demasiado en los hombres, y tiene sus motivos. Esa es parte de su historia. La otra ya fue publicada por Diana Pomeroy.

—¿Y qué hace esa mujer con vosotros? —quiso saber el padre.

—Causa común. Si salimos bien librados de ésta, pienso pedirle que se case conmigo.

—¡No, por Dios!

—Debo anticiparte que algo ha cambiado en mí, no sé si ahora mismo o hace días. Pero me propongo volver contigo y hacerme cargo de tus negocios. Espero que vivas lo suficiente para darte cuenta de que se pueden crear puestos de trabajo sin ser injusto.

—¿Lo he sido yo?

—Eso es Dios quien te lo dirá alguna vez. No yo.

* * *

Fue una comida sombría. Terry apenas si probó bocado. Acudió al comedor instigado por Diana, que casi le arrastró. Había sido Bob Russell quien preparó la mesa. El comandante era, además de buen navegante sideral, un excelente cocinero.

Con optimismo forzado, como queriendo disipar la atmósfera densa que reinaba entre los cuatro ocupantes de la nave espacial, Kurt elogió las excelencias de la mesa:

—Hoy es gala mayor entre los sediciosos, comandante Russell. Ha presentado usted la mesa con mucho gusto.

—Mi asistente siempre lo hacía así. Era un chico que había trabajado en el restaurante del cosmódromo de Tampa... ¿Qué le parece esta sopa de langosta, Diana?

—Maravillosa... ¿No comes, Terry?

—No tengo apetito... Lo siento... Supongo que la sopa estará muy buena, pero mi estómago no está hecho a delicadezas.

—¿Qué es lo que te duele, Terry? —preguntó Kurt.

—Nada. Dejadme en paz.

—¿Te pesa que haya hablado con mi padre?

—Dejémoslo.

—Le he dicho que tú y yo formamos causa común.. Y la responsabilidad de lo ocurrido nos corresponde a los dos por igual.

—Siento no estar de acuerdo con ustedes en eso —intervino Russell, un tanto frío—. Usted, Flagel, no ha matado a nadie... ¡Él, sí!

—¡Yo sé que Terry ha estado luchando solo desde hace muchos años! —intervino también Diana—. Se ha defendido y ha cumplido con su deber.

—¡Matar soldados no es su deber!

—¡Esos soldados le habrían matado a él!

—Los hechos están claros.

Terry se levantó, dando media vuelta para marcharse. Diana le imitó, sujetándole.

—Por favor. No discutamos ahora. Presiento que todo se va a arreglar dentro de poco. El padre de Kurt tiene tanto interés como nosotros en que se solucione este asunto.

—¡Me repugnan los cobardes! —masculló Terry—. No tenía motivo para creerlo, pero llegué a imaginar que era un hombre que pretendía librarse de la tutela de su padre. Para caer de rodillas ante él, suplicando, no valía la pena hacer lo que has hecho.

Kurt se levantó también. Su mirada era incendiaria.

—¿Has tenido suerte siempre, eh, soldado? Si los orientales te hubiesen liquidado en Manchuria, nada de esto habría ocurrido. Yo estaba en mi camarote, bien amarrado.

—¡Basta de reproches! —gritó Diana, intentando que los dos hombres no llegaran a pelear.

La lucha se cernía peligrosamente sobre ellos. Ambos tenían ganas de agredir.

—¡Eres un cobarde!

El puño de Kurt Flagel aplastó la nariz de Terry, pasando como un rayo por encima del hombro de Diana, la cual fue ladeada violentamente por ambos contendientes.

Terry retrocedió unos pasos. El golpe había sido fuerte. No esperaba él una agresividad tal en el joven millonario. Pero tenía necesidad de echar fuera de sí la furia y frustración de cuanto llevaba dentro y aquella era una ocasión propicia.

Fintó, pues, Terry, con la derecha, engañando a Kurt, para lanzar su izquierda con un ímpetu tan bestial que, alcanzado de lleno el joven en la mandíbula, saltó de espaldas sobre la mesa tan bien dispuesta por el comandante Russell.

Y fue éste quien se lanzó a retirar a Diana, cuando ella pretendía interponerse entre ambos contendientes.

—¡Déjelos! —ordenó el astronauta—. Creo que lo necesitan.

—¡Se van a matar!

—Con los puños no se mata nadie… Y si destrozan el comedor, no importa. Tanto se ha perdido ya.

Kurt y Terry se pegaban ahora, al borde de la mesa metálica, con la furia de dos vesánicos. Sus puños eran émbolos invisibles que golpeaban rítmicamente el cuerpo del contrario, pretendiendo aniquilar. Las cabezas se movían hacia atrás con frecuencia, al impactar un derechazo de uno u otro.

Parecía un equilibrio de fuerzas. Kurt era unos años más joven que

Terry, pero éste estaba más avezado en la lucha cuerpo a cuerpo, era más duro y más recio.

Llegó un momento, en que Kurt estaba materialmente volcado sobre la mesa, recibiendo mayor castigo que Terry. De pronto, el joven se encogió sobre sí mismo, para distender las piernas inmediatamente. Alcanzado de lleno en el pecho, Terry salió catapultado de espaldas hacia otra de las mesas vacías del comedor. Y, cual pantera famélica, Kurt saltó hacia él, echándole las manos al cuello.

Un rodillazo de Terry en su bajo vientre le obligó a soltarle, mientras que se encogía sobre sí mismo, hecho un ovillo.

Terry se incorporó entonces, frotándose la boca con el dorso de la mano. Tenía el labio partido.

La pelea parecía haber terminado, pero no fue así. Cuando Terry, inseguro se inclinó para tender la mano al caído, Kurt le sujetó de pronto, tiró de él hacia abajo y le descargó una violenta patada al vientre. Al doblarse sobre sí mismo Terry, Kurt se incorporó, todavía aferrado a la muñeca del otro, y empezó a golpear de nuevo.

Esta vez fue Terry el que cayó sobre el piso.

— ¡Vamos, levántate! —gritó Kurt, escupiendo sangre.

Diana logró zafarse de las manos de Russell y corrió hacia Kurt.

—¡Ya basta, por el amor de Dios!

En el suelo, Terry levantó la cabeza y miró a Kurt. Luego, se levantó lentamente, murmurando:

—Lo siento, Kurt. No quería pelear contigo.

—Estamos en paz... ¡Pero yo no he suplicado a mi padre! Me he limitado a hablar con él. Le he dicho que estamos juntos en esto y juntos hemos de salir. No creo que seas un asesino, como te han pintado. Mataste a Gregory Mclntish porque se lo prometiste a tu compañero. Yo no sé si habría tenido valor para hacerlo... Quizá sí, de haber pasado por el infierno que pasaste tú.

»Esa es mi posición. Y si quiero volver con mi padre es porque puedo hacer mucho más bien a su lado del que la gente piensa. No soy ambicioso. Quería vivir mi vida libremente, ser yo... Y ahora sé que para ser uno mismo, no hay necesidad de sacrificar a los demás.

El rencor que había en los ojos de Terry Cobourn pareció disiparse.

Llegó, incluso, a sonreír, al tender la mano a Kurt.

—Te creo, muchacho. ¿Sin resentimiento?

Kurt sonrió también y estrechó la mano de Terry.

Diana suspiró aliviada, para exclamar.

—¡Vaya una comida que se ha estropeado! Hoy que tenía apetito...

—No se apure, Diana. En pocos minutos le preparo otra comida igual. ¡Ea, luchadores, ayudadme a poner esto en orden!

Primero, Kurt y Terry fueron a lavarse la cara. Se atendieron las heridas mutuamente y se pusieron cicatrizante. Luego, sonriendo ambos, regresaron al comedor y ayudaron a Diana a poner las cosas en su sitio.

Media hora después comían los cuatro en amigable camaradería, como si nada hubiese ocurrido.

* * *

En la nave capitana de la XXVII Flotilla, el coronel Ian Gunther acababa de recibir una comunicación de la jefatura de su base, en donde se le comunicaba que debía entregar el mando de la flotilla al mayor Luggar.

La ira que esta comunicación le produjo hacía que se mordiera los labios de rabia, soltando palabrotas inexpresables.

—¡Esto es cosa de esos malditos políticos del diablo! ¿Qué es lo que he hecho mal?

El mayor Luggar, muy grave, frente a él, dijo:

—Usted se ofreció voluntario para esta misión, señor. Debió manifestar su antiguo resentimiento contra Terence Cobourn. Creo que ése debe ser el motivo de su destitución. La jefatura habrá estimado que tiene usted interés especial en ese hombre.

—¡Claro que lo tengo! ¡Odio a Terence Cobourn! ¡Daría todo cuanto tengo por verle muerto a mis pies!

—No debe ser usted tan rencoroso, señor. En rencor suele verter siempre sobre quien lo destila.

—¡Déjeme de pamplinas, mayor Luggar! ¡Tome usted el mando de la flotilla y haga lo que le plazca! ¡No tengo por qué soportar impertinencias de un inferior.

Luggar se mordió los labios. Había tratado de consolar a Gunther, pero éste no era hombre que aceptase consuelos ni consejos de nadie. Por este motivo, y ante la actitud de Gunther, decidió mostrarse severo.

—La jefatura me ha confiado el mando, señor. Le ruego que permanezca en su cabina y no salga para nada.

—Sí, ya lo sé! ¡Le deseo suerte en su empresa! ¡Y procure no causar el menor daño a ese caprichoso y tonto millonario, o se las verá usted con los políticos amigos de su padre! ¡Entre todos están protegiendo a la piratería! ¡Éste es el caso más ignominioso y vergonzoso en que se han visto envueltas las fuerzas espaciales!

—Procuraré hacer las cosas dentro de las órdenes recibidas y sin resentimiento hacia nadie, señor.

—¡Ya verá lo que hará ese asesino! ¡No sabe usted con quién está

tratando! ¡Conozco a Terence Cobourn hace muchos años! ¡Mi esposa fue amiga suya cuando era cadete en la Academia de Buttler!

—Lo sé, señor… Y eso es asunto suyo, no mío.

—¡Váyase al diablo, Luggar!

—Y usted no se mueva de aquí, ni salga de su camarote cuando esos individuos vengan a bordo.

Una mirada asesina asomó a los ojos de Gunther.

CAPÍTULO VIII

—Es curioso que ocurran estas cosas —habló Terry Cobourn, aquella «noche», sentado frente a Kurt, en el salón de pasaje de la nave, mientras ambos bebían lentamente el excelente «ginex» de una botella etiquetada—. Hace unas horas te hubiese matado. Ahora, en cambio, te aprecio tanto o más que apreciaba a Bill Mclntish.

—Los dos queremos a la misma mujer —señaló Kurt, práctico y deseoso de tratar cuanto antes el tema para discutir lo cual se hallan reunidos.

—No seas ávido. Diana puede esperar. ¿Sabes cómo va a terminar esto?

—Sí.

—¿Crees que seré exonerado?

—Sí. Tú tendrás libertad y yo me casaré con Diana.

—Perfecto. Un arreglo digno del hijo de Kurt Flagel. Eso te honra mucho, Kurt. Eres un perfecto especulador... ¡Te admiro!

—¿Prefieres, acaso, que te deje morir aquí?

—No... Aunque, bien pensado, no es esto lo que nos proponíamos. ¿Por qué no podemos vivir aquí los tres hasta...?

—¿Hasta que me obligues a matarte? —inquirió Kurt, avieso.

Hubo una pausa entre ambos.

—Empiezo a darme cuenta de que algo he influido sobre ti, Kurt —dijo Terry, paladeando una sopa de «ginex»—. ¿Por qué?

—Cuando uno encuentra a un luchador, y le admira, algo se pega. Guy Landalle también era un luchador.

—Un filósofo equivocado. La humanidad necesita continuidad. Si por aquel tipo fuese, quedaríamos muy pocos... Tú y Diana, ¿eh? Y como no podéis tener hijos, porque los nonatos ignoran cómo autorizar su nacimiento, vosotros seríais los últimos de la especie. Un maravilloso fin. Yo ejecutado, Russell condecorado y ascendido y vosotros en un eterno idilio que te hará olvidar el «amor ciego» por tu Eloise.

El semblante de Kurt se ensombreció.

—No debes hablarme así. Estoy dispuesto a rectificar en todo.

—Eso me gusta, ¡caramba! Pero vamos a invertir los términos un poco. Yo soy Kurt Flagel y tú eres Terence Cobourn. Así, por arte imaginativo, me transformo en el joven y apuesto millonario por el que suspiraría cualquier muchacha. Diana me gusta ahora. No hay más mujer que ella. Es resuelta, valiente, abnegada y una mujer muy humana. Bonitas cualidades, admirables cualidades.

—Sin embargo, hay muchas mujeres como ella, y mejores. En La

Tierra las encontrarás a puñados… ¡Eh, que soy Kurt Flagel! Bajo de la nave, miro en derredor y me llueven las sonrisas. Es muy halagador. Soy mucho más famoso que antes, porque he convivido en una nave espacial con un temible asesino evadido de prisión… ¡Soy millonario y héroe, por así decir!

—No sigas, Terry. Esa no es la verdad.

—¿Estas seguro? En el pobre Terry no se fijará nadie. Esposado entre la tropa, sólo recibirá miradas de desprecio y asco. No soy repulsivo, y tú lo sabes, pero a la gente se lo pareceré. Y tú serás un valiente muchacho, inteligente, gallardo… El simbólico príncipe azul.

—¿A dónde quieres ir a parar, Terry? —preguntó Kurt, muy serio.

—Déjame a Diana… ¡Sólo ella puede ayudarme a vivir! —exclamó Terry, con voz ronca, poniéndose rígido al mismo tiempo—. ¡Jamás he pedido nada a nadie, Kurt! Creo que tú eres distinto a todos. Te pareces un poco a Bill… ¡Déjamela y vete con tu padre! ¡Elige a centenares de mujeres como ella, puedes hacerlo, pero déjamela! ¡Hay una penitenciaría en San Diego, donde las esposas pueden convivir con sus maridos durante el tiempo de la condena! No hay nada indigno en ello. Trabajaré en la colonia penitenciaria… ¡Tendré la familia que nunca he tenido!

Kurt inclinó la cabeza. Por un momento se había emocionado.

—Yo lo tendría todo… ¡menos su amor! ¡Eso no puede ser, Terry!

-—En ese caso, marchaos vosotros… Yo me quedaré aquí y lucharé hasta el fin.

—¡No, eso tampoco! Te propongo algo más justo, Terry. Hablamos los dos con ella, primero uno y después el otro. Luego, que Diana decida.

Terry sonrió.

—Somos amigos, ¿eh? Me parece justo. ¿Y si te elige a ti?

—Ella vendrá conmigo… ¡Y tú también! Dedicaré mi tiempo y mi fortuna a salvarte.

—¿Y si ella me elige a mí?

—Me dedicaré a salvaros a los dos.

—En ese caso, continúo teniendo ante mí a un importante escudo. Bien, Kurt. Acepto la propuesta. ¿Quién habla primero a Diana? El que primero lo haga, llevará cierta ventaja sobre el otro. ¿Lo sorteamos?

—No. Háblale tú primero.

Ambos se pusieron en pie y alzaron sus copas.

—Bill habría hecho lo mismo que tú, Kurt —murmuró Terry.

* * *

Diana estaba hablando con Bob Russell, quien le explicaba ciertas

peculiaridades sobre la navegación orbital.

Terry se acercó y dijo:

—¿Interrumpo?

—Oh, no. Parece que el padre de Kurt tarda en contestar —habló Russell.

—Deben de estar estudiando el caso bajo el nuevo aspecto… ¿Me permite hablar a solas con Diana, Bob?

—¡No faltaba más! ¿Y Kurt?

—Creo que se ha ido a su camarote. Como esta noche le toca guardia a Diana, deseo aprovechar para cambiar impresiones con ella.

—Bien. Yo también me iré a dormir. Buenas noches.

Russell salió y cerró la puerta de la cabina, dejando solos a la pareja.

—¿Qué quieres decirme, Terry?

Él la tomó de los brazos, mirándola a los ojos, tiernamente.

—¿Qué esperabas ser en Imsk, Diana?

—¿Por qué me preguntas eso? ¿Qué ha ocurrido entre tú y Kurt?

—Hemos estado hablando de ti. Ahora, parece ser que la única dificultad está en ti.

Ella intentó sonreír, sin éxito.

—¡Qué tontería!

—No es una tontería. Sabes que te quiero. Pero, precisamente, por eso puedo renunciar a ti más fácilmente. En Imsk habrías sido una corresponsal más, Diana. Un sueldo de doscientos «bills», los galanteos de algún colega, una boda ante el juez Merrivelt y tres o cuatro chiquillos que te habrían terminado la vida.

Instintivamente, Diana se acercó a él, abrazándole por el talle y apoyando la cabeza en su pecho.

—Te quiero, Terry… Pero tengo mucho miedo.

—Te comprendo. Por eso he retado a Kurt. Él también te quiere. La cosa está clara ya. Precisamente, por eso debes elegirle a él. Tu vida está asegurada a su lado. Kurt luchará hasta con su padre por ti.

—¡Te quiero a ti! ¡Puedo ir contigo a esa colonia penitenciaría de San Diego, de que hablaste! ¡No me importa renunciar a todo, Terry!

—Pues lo siento. Tienes que renunciar incluso a mi amor, porque si te pones sentimental, sigo siendo rebelde… ¡Ea, mírame! —Él se apartó un poco y le levantó la cabeza, obligándola a mirarle a los ojos —. Te quiero, Diana. Eres maravillosa. Una escritora de incisiva profundidad, humana cien por cien… ¡Hasta yo me emocioné al leer la «Historia de una justa venganza»!

—No me interesa Kurt… ¡Sólo te quiero a ti!

—Me obligarás a buscar un fin rápido.

—¡No, Terry! ¡Haré lo que tú me digas, pero no hagas eso!

—Kurt es un excelente muchacho, Diana. Y lo bueno que tiene, además de su gran corazón, son sus millones. La vida, la mires como la mires, es amarga. De ilusión sólo no se vive. Se necesita seguridad, respeto, cierto bienestar. Y tú puedes tener todo eso con Kurt. El amor únicamente no hace la felicidad.

—¡Ahora me doy cuenta de cuán grande es tu alma, Terry! ¡Y que haya quien diga que eres un ser despiadado y sin entrañas! —se lamentó ella, empezando a inundar sus ojos de lágrimas.

—No me importa lo que digan. Lo único que me importa eres tú. Renuncio a ti porque no tengo nada más que ofrecerte… ¡Mi renuncia! Yo no quiero sacrificar tu vida en holocausto a mí. Mi existencia terminó allá en Manchuria, cuando la radiactividad nos envolvía. Si salí de aquel infierno fue porque necesitaba matar al padre de Bill. Todo lo demás…. El conocerte a ti, el estar aquí contigo y con Kurt, ha sido un puro regalo que no merezco.

»Mi vida no tiene sentido. Puede que Kurt consiga clemencia para mí. Le costará mucho dinero, pero la verdad saldrá a la superficie. ¿Y entonces qué?

¿Crees que la gente me dará la mano y me felicitará?

»No, amor mío. Aunque me rehabiliten, me condecoren y me dejen vivir en paz, el estigma lo llevaré siempre conmigo. Y tú habrás de sufrir en silencio, fingiendo siempre… ¡Porque ejecuté una justa venganza y todos creyeron que fue un asesinato vulgar, por dinero!

—¡Estoy dispuesta a sufrir todo eso! ¡No escucharé a nadie! ¡No hablaré con nadie, Terry!

—Kurt también te quiere… ¿No te dice nada eso? Y creo que vale más que yo.

—Mi corazón está ciego por ti, Terry.

—Dile que abra los ojos. Ahora te hablará Kurt. Escúchale, Diana. Él te va a ofrecer mucho más que yo. No seas ciega. Yo no te ocasionaré más que sinsabores. Él, en cambio, llenará tu vida de dicha.

—¡No le quiero!

—¿Estás segura de lo que dices? —preguntó Terry—. Kurt ha cambiado mucho. Me ha dicho que estaba equivocado respecto al neonihilismo de Landalle. Cree que su padre, en el fondo, ha sido bueno con él y que se dejó dominar bastante por el aislado resentimiento de su madre. Ahora, cuando se ha enfrentado a sí mismo, ve las cosas de otra manera… ¡Y Kurt puede ser alguien muy importante en este mundo!

»Anda, hazme caso. Escúchale y decídete por él. Si es cierto que

me quieres, hazme caso y acéptale. Eso me hará dichoso... ¡porque yo también te quiero a ti! ¿Hay algo más hermoso que la renuncia, cuando se ama de veras?

Diana, llorando, no encontró palabras para responder.

* * *

Kurt Flagel encontró a Diana tendida en el lecho de su camarote, llorando. Desde la puerta, preguntó:

—¿Puedo entrar, Diana?

Ella se frotó rápidamente los ojos enrojecidos. Luego, alzó la cabeza.

—Sí, Kurt.

—¿Estabas llorando?

—No... Bueno, sí. El corazón me dice que pronto vamos a separarnos. La aventura va a terminar de un momento a otro.

—De eso quería hablarte. ¿Has hablado con Terry?

Ella asintió con la cabeza, sin responder. Necesitaba un pañuelo y lo sacó de un cajoncito que había al lado de la cama, mientras Kurt se sentaba en el único sillón que había en el camarote.

—Terry se cree que he venido a pedirte que te cases conmigo. Por favor, no me traiciones. No voy a pedirte nada para mí, sino para él. Yo, en verdad, no necesito nada. En cambio, él lo necesita todo.

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

Kurt sonrió y tomó la mano de ella entre las suyas.

—Durante estos días, Diana, has significado mucho para nosotros. En confianza, creo que has sido tú la que nos ha devuelto a la realidad. Una excelente labor periodística y una magnífica compañía. De no haber ocurrido todo del modo que ya conoces, creo que te habría pedido formalmente que te casaras conmigo. Sé que no me quieres y que le quieres a él. Eso no puede dolerme, puesto que nadie puede cambiar los instintos naturales del corazón. Mi única inquietud es el orgullo de Terry. No quiere mi ayuda, y se la estoy dando desde que empezó esto.

—Lo sé. Sin ti, Terry ya estaría muerto.

—No quiero que me deba nada. Y ese es mi problema. Al hablar de ti, me veo obligado a mentirle, diciéndole que te amo más que a la vida. No me propongo más que incitarle a doblegar su orgullo. Yo puedo facilitarle una existencia plácida, en Imsk o en donde os plazca a ambos. Pero he de ser cauteloso, porque no aceptaría nada de mí.

«Quiero que me ayudes, Diana.

—¡Pero si él me ha estado pidiendo que te acepte a ti, Kurt!

El joven esbozó una triste sonrisa.

—Me lo temía. Así no llegaremos a ninguna parte. Será mejor que me aleje de vosotros bruscamente.

—¿Es conveniente eso? ¿No intervendrán las fuerzas espaciales contra él?

—Tengo otra idea. ¿Qué te parece si lo dominamos, mientras duerme, y lo entregamos al ejército? No me moveré de su lado para obtener así garantías de seguridad.

—¡Oh, Kurt; tengo mucho miedo! Ahora que intuyo próximo el desenlace, presiento que algo malo, va a suceder... ¡Temo por Terry!

—Vamos, no seas tonta. No debes temer nada. Yo no me separaré de su lado. El que intente hacerle el menor daño, habrá de vérselas conmigo.

—¡Eres muy bueno, Kurt! Si no pudiera amar a Terry, serías tú el hombre que llenaría mi existencia. Ahora te conozco bien... ¿Te acuerdas de la noche en que te pedí una entrevista y me dejaste plantada?

Él sonrió.

—No quería que nadie supiera mi nombre. La llamada de mi padre me delató. Es curioso, pero me da la impresión de que ha transcurrido mucho tiempo desde ese día. Y no ha pasado más de una semana y media.

—A mí también me da la impresión de que te conozco toda la vida... Me inspiras confianza, Kurt. Dime una cosa. ¿Querías mucho a Eloise?

Él tardó en responder, desviando la mirada hacia otra parte, lejos de los inquisitivos ojos de ella.

—No lo sé... Entonces me ocurría que no estaba seguro de nada de cuanto hacía o pensaba. Ahora es distinto. Me he encontrado a mí mismo. Sé lo que quiero y lo que debo hacer.

—¿Te consumía el pensamiento de que tu padre la hubiese hecho matar para apartarla de tu lado?

—En cierto modo, sí. Pero había alguien más en su vida.

—Sí, Arthur Bossley. Tengo entendido que era una especie de «play-boy» que jugaba con los sentimientos de ella.

—Es posible. Se podía jugar con ella del mismo modo que conmigo. En nuestra obsesión por buscar la felicidad, la teníamos tan cerca que no éramos capaces de verla.

—¿Sería distinto si pudieras volver atrás?

—No. Creo que sería igual. Eloise era un refugio contra mi padre. Yo ignoraba que mi padre era un amigo auténtico, pero alejado de mí, debido a sus negocios. Pensándolo bien, ahora, si tuviese una duda, consultaría con él. Su experiencia podría servirme de algo.

—Me alegro que tu última charla con él haya sido tan provechosa... ¡Sí, adelante! —Diana se volvió hacia la puerta, donde había sonado una llamada.

Se descorrió la hoja metálica y apareció Bob Russell.

—Perdonen que les interrumpa. Pero... —Russell se detuvo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kurt, poniéndose en pie.

— Terry se ha ido.

—¿Ido? ¿Adónde?

—A entregarse a las fuerzas espaciales.

Un grito estridente surgió de la garganta de Diana.

—¿Cómo? ¿Le ha ayudado usted a salir de aquí?

—Sí. Había un traje de vacío y un reactor individual, en el equipo de emergencia exterior. Se lo ha puesto y me ha pedido que le ayude a salir por la compuerta superior. Ahora se dirige hacia la flotilla espacial.

—¡Cielo santo! —exclamó Kurt—. Se va a entregar a Ian Gunther y ése será su fin... ¡Hemos de hacer algo para impedirlo!

—¿Qué podemos hacer? ¿Hay otros equipos de vacío? —preguntó Diana a Russell.

—Sí, pero ya es tarde. Cuando estemos preparados, ya habrá sido recogido por alguna nave militar.

—¿Por qué no ha intentado usted impedirle la salida? —pareció acusar Diana.

—Me obligó, amenazándome con un vibrador desintegrante. Además me aseguró que éste era el único modo de terminar de una vez. No tiene inconveniente en que le lleven detenido y le juzguen. Me ha dicho… —Russell miró a Kurt— que usted cuidará a Diana.

—¡Y de él también! ¡Vamos inmediatamente a la cabina de comunicaciones! ¡Hablaré con Ian Gunther!

Salieron todos corriendo. Minutos después, Russell lograba establecer contacto con el capitán Brower. Fue Kurt quien habló, diciendo:

—Soy Kurt Flagel... Escuche, Terence Cobourn ha salido de aquí provisto de un equipo de vacío individual. Se dirige hacia ustedes. Ruegue al coronel Gunther que le recojan sin pérdida de tiempo y luego vengan a buscarnos a nosotros.

—Se lo comunicaré al mayor Luggar. El coronel Gunther ha sido relevado del mando.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Órdenes de la jefatura de servicios espaciales. Se supone que no actuó adecuadamente en este caso.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Diana, cuyos temores por Terry en

poder del hombre que tanto le odiaba parecieron disiparse en el acto.

—¿Cuánto tiempo cree usted que pueden tardar en venir a recogemos, capitán Brower?

—Una hora, poco más o menos. Y permítanme felicitarles por este desenlace. Era lo mejor que podía haber ocurrido. Debo manifestarles, al mismo tiempo, que los soldados heridos han sido operados satisfactoriamente y ya tienen piernas de repuesto.

Sólo hemos tenido que lamentar dos bajas, pero se ha comprobado que los muertos contravinieron las órdenes recibidas. Eran dos individuos que buscaban un ascenso.

—¡Nosotros no matamos al tercer oficial, señor Clark! —insistió Kurt.

—Esperamos la declaración del comandante Russell. En cuanto a Terence Cobourn, no teman por él. Será tratado con toda consideración hasta que regresemos a la Tierra. Nada más, estén a la escucha de instrucciones que le enviaremos para su evacuación. La nave será ocupada por técnicos militares y devuelta a su lugar de origen. Tenemos en nuestro poder los mecanismos retirados de sus motores. Si el comandante Russell lo desea, puede permanecer a bordo de su nave.

—¡Naturalmente que lo deseo! Y mi gusto sería continuar viaje hacia Imsk.

—Temo que eso no será posible, comandante. Hay que celebrar una encuesta.

—Gracias, de todos modos.

Brower cerró la comunicación.

—Es una buena noticia, ¿eh?

—Sí, muy buena. Me alegro que Gunther haya sido destituido. Terry lo habría pasado mal. Creo que esto debe ser obra de mi padre —dijo Kurt, pensativo—. Ahora me siento mucho más tranquilo. ¿Y tú, Diana?

—También. No me importa si me han expulsado de la T.D.C. Ya tengo una misión que cumplir. Me casaré con Terry e iré a donde él vaya.

—¿Y dónde te gustaría ir con él? —preguntó Kurt, con una sonrisa solapada—. No me digas que a la colonia penitenciaria de San Diego.

—No me atrevo a pedir más, Kurt. Pero si le hacen justicia y le absuelven… ¡Me gustaría ir a Imsk, sólo con los pasajes pagados! Una vez hubiésemos, llegado allí, ambos trabajaríamos hasta tener nuestra casa con jardín, árboles frutales, sol artificial y… cuatro bebés.

—Poco he de valer yo si no os consigo todo eso. Pero ni una palabra a Terry. Le temo más a su orgullo que a sus puños.

—¡Pues es fuerte en la pelea! —rió Diana.

—¿Y me lo dices a mí? Vamos, hemos de ponernos los equipos de vacío. No hagamos perder tiempo al ejército espacial… Llámeme si recibe alguna noticia, Bob.

—Sí, descuiden. Yo me quedaré aquí… ¡Ah, menos mal que esto ha terminado y pronto estará aquí Ernst y mi asistente! Yo tampoco me he portado mal, ¿eh?

—¡Naturalmente que no. Bob! ¡Excelentemente! —gritó Kurt, desde el pasillo.

CAPÍTULO IX

Las naves espaciales militares estaban dispuestas de modo muy distinto a una nave de pasajeros. Eran muchísimo más rápidas y sus dependencias interiores mucho más incómodas para la tripulación. De todas formas, en la milicia no se exigía comodidad, sino eficacia.

El único que disponía de cierta comodidad y hasta lujo era el comandante de la nave. Y la capitana, por ser la mayor, más que las otras.

Ian Gunther había sido relevado del mando, pero no abandonó su cabina. Ésta no la dejaría hasta que hubiesen llegado a la base, donde sus superiores le expusieran los cargos que había contra él, y a los que debía replicar.

Gunther no sabía con exactitud por qué le habían relevado. Según Luggar, no actuó bien al atacar la nave comercial del comandante Russell. La orden que le dieron fue capturar a los rebeldes. Nada más. Y eso trató de hacer. Lo demás lo achacaba a la política. Uno de los amotinados era el hijo del dueño de «Smiorn». Pero esto le tenía a Gunther sin cuidado.

Lo que él quería era echar mano a Terry Cobourn, el cadete que le golpeó en Buttler y que jamás había podido olvidar, porque se casó con la mujer que tanto le odiaba y de la que no podía separarse, por prohibírselo los reglamentos militares.

Él exigió la expulsión de Cobourn del ejército, pero la guerra necesitaba hombres. Mejor que expulsar a Terry, se convino en mandarle a Manchuria. Esto también satisfizo a Gunther, porque estaba seguro de que su odiado agresor sería sacrificado en el espantoso matadero de oriente.

Y hasta llegó a olvidarle a medias. Lo habría hecho del todo, de no cometer el error de casarse con Greet Vesson. Se casó y luego habría de escuchar de labios de su esposa que el cadete Cobourn era más hombre que él.

Además Gunther tenía un pariente general, lo cual le sirvió para no ir a la guerra, quedándose en servicios de retaguardia y vigilancia espacial. Pero su vida fue siempre un infierno... ¡Y todo por culpa de Terry Cobourn!

Por si fuese poco, pasados los años, Ian se enteró de que Terry no había muerto en Manchuria. Lo supo de labios de su propia mujer, la cual se gastó ciento veinte «bills» para llamarle a su base de Saturno y comunicárselo.

Gunther encajó muy mal aquel escarnio, enviando a Greet al diablo. Separado por tanta distancia de su esposa, temió que ella

pudiera verse de nuevo con su antiguo pretendiente. Y los celos le tuvieron consumido durante muchos meses.

Ni su ascenso a coronel alivió su rencor. Luego le nombraron jefe de la XXVII Flotilla. Tu tío, el general, se retiraba y quería dejar bien situado a Gunther.

La vida en el espacio era dura. Por fortuna, en la base de Saturno podía distraerse y esto le sirvió para sobrellevar su malhumorada existencia, hasta que un maravilloso día en la jefatura de servicios supo que iba a salir una patrulla hacia el espacio, para sofocar el motín en una nave comercial de pasajeros. Y supo que Terry Cobourn, alias Albert Fisher, era el instigador del motín, junto con otro individuo, hijo del millonario Flagel.

A Gunther le faltó tiempo para ofrecerse a salir inmediatamente. No pensó siquiera en que el artífice de «Smiorn» podía cortarle alas y condecoraciones, porque sus amistades, tanto militares como políticas, eran muy superiores al prestigio que hubiese podido tener su tío, cuando era general de las fuerzas espaciales.

Y así había ocurrido. En su ansia por echar mano a Terry Cobourn, Ian Gunther arriesgó la vida de sus hombres en una operación sencilla y estrictamente civil. Además, de cara al ejército, se daba el caso curioso de que Terry Cobourn estaba considerado como un héroe, licenciado por ineptitud adquirida durante la contienda. De no haberse visto mezclado en un caso de asesinato, Terry, al reponerse de la «fatiga de guerra», habría podido ingresar de nuevo en el ejército con el grado de capitán, por méritos propios y de campaña.

El ejército hizo más. Intercedió para que la pena de muerte le fuese permutada por la condena de veinte años, existiendo una cláusula en la sentencia, que el reo no supo jamás, por la que, si cumplía cinco años sin cometer ninguna falta, sería puesta en libertad.

Todo esto lo ignoraba Ian Gunther y también Terry. Las cosas habían salido de otro modo, pero parecía que iban a enderezarse, debido, en especial, a la gran difusión que estaba teniendo a través de prensa, radio y televisión, la verdadera historia de Terry Cobourn, por quien se volcaba ahora un alud ingente de auténtica simpatía popular.

Los periodistas de todo el mundo estaban desmenuzando el relato de Diana Pomeroy, divulgado por Kurt Flagel Sr. Y, constantemente, se aportaban nuevos datos reveladores a la historia. Salieron testigos que conocieron a Terry y Bill Mclntish en Manchuria. Un oficial de su compañía, evacuado antes del gran desastre, hizo unas declaraciones espectaculares sobre el valor de Bill Mclntish y Terry Cobourn, mientras protegían la evacuación de un convoy de heridos.

También se sacaron a relucir los detalles de la infame acción de

Gregory McIntish al permitir que su hijo fuese a la guerra, reconociendo una solicitud de ingreso firmada por su mujer. Y, por si fuese poco, desempolvándose archivos antiguos, un detenido examen pericial demostró incuestionablemente que Bill McIntish no firmó jamás la petición de ingreso en el ejército.

Esto adquiría en la Tierra unos caracteres de exaltación mundial. Ya se estaba pidiendo la revisión y absolución de Terry Cobourn y se pedía para él una medalla de recompensa máxima.

Otros, empero, pedían moderación. Terry había matado por dinero. Se debía estudiar de nuevo el caso y ver la forma de salvaguardar el buen nombre de la justicia, pese a las nuevas pruebas que se aportaba. Y, además, Cobourn se había evadido de la prisión… ¡Y, por si fuese poco, estaba en la cabina de control de una nave comercial, reteniendo a varias personas contra su voluntad!

Pero encerrado en su cabina, Ian Gunther ignoraba todo esto…

* * *

Su asistente le comunicó la noticia:

—Terence Cobourn se ha entregado y está siendo interrogado por el mayor Luggar.

—¿Eh? ¿Cómo ha ocurrido?

—No lo sé, señor. Se le ha recogido hace poco en el espacio. Venía hacia aquí, provisto de un equipo auxiliar de vacío.

—¡Ve a ver si te enteras de algo más, Henk! ¡Avísame cuando termine Luggar con ese hombre!

El asistente salió y Gunther empezó a pasear, arriba, y abajo, como león enjaulado. Su mente empezó a barruntar desordenadamente, buscando el modo de vengarse del hombre que tanto odiaba.

—Si le hubiese podido atrapar a tiempo, ahora no me vería en esta situación… ¡Y te juro, Greet, que le habría aplastado la cabeza a puntapiés! ¡Ese asesino no puede ser mejor que yo, porque es lo más ruin y abyecto que se ha cruzado en mi camino!

»Pero, pese a Luggar y a las órdenes de la jefatura de servicios, puedo aplastarle… Luggar no me negará que le vea. Relevado del mando, sigo siendo jefe de la Flotilla. Se reconocerá que no podía actuar de otro modo y me restituirán el mando… ¡Soy el jefe aquí!

Ian Gunther siguió barruntando incansablemente, ideando martirios atroces para el infeliz que tantas tribulaciones había pasado, sólo por odio puro y abstracto, cuando regresó de nuevo el asistente, con noticias.

—Le han encerrado en el calabozo número uno, con un guardia de vista. Ahora vamos al encuentro de la nave comercial, a rescatar a los

demás pasajeros.

Como un demente, Gunther se volcó sobre el interfono, gritando:

—Brewer, póngame con Luggar.

—Sí, señor. Inmediatamente.

Hubo un cambio de conexión, y la voz del mayor Luggar preguntó:

—¿Qué desea, señor?

—¿Ha capturado usted a Terry Cobourn?

—No ha sido exactamente así, señor —replicó Luggar—. Ese hombre se nos ha entregado sin lucha. Ahora vamos a recoger a Kurt Flagel y a la señorita Pomeroy, quienes desean reunirse con Cobourn. Tenemos órdenes de regresar con ellos a la Tierra.

—¡Quiero ver a Cobourn!

—Lo siento, señor. Mis instrucciones son las de que no salga usted de su camarote.

—¡Pues tráigame aquí a ese hombre!

—¿Puedo preguntar para qué, señor?

—Soy el jefe de esta flotilla. He sido relevado del mando y habrá una encuesta de coroneles para dictaminar si he obrado dignamente o no. Ese hombre ha de ser mi principal testigo.

—En ese caso, señor... Lo siento. No puedo permitir que coaccione usted al prisionero.

—¿Quiere usted que un despreciable asesino arruine mi carrera, Luggar?

—Lo siento, señor. Tendrá usted mi declaración favorable y la de todos nosotros. Diremos la verdad en todo momento. Pero mi conciencia me prohíbe que hable usted con el detenido.

—¡Conozco a Terence Cobourn desde que era teniente, mayor! ¡Él no puede desear mi ruina! ¡Ni usted tampoco!

—Hay una solución, señor —propuso Luggar.

—¿Cuál?

—Yo presenciaré la entrevista.

—¡De acuerdo, Luggar! ¡Gracias!

El mayor Luggar cumplió su palabra. Pocos minutos después, dos soldados acompañaban a Terry Cobourn a la cabina de Ian Gunther, quien se encontraba, dignamente, sentado detrás de su mesa.

Luggar entró primero, saludando y diciendo:

—El detenido también ha manifestado deseos de verle a usted.

—Gracias, Luggar... Hágale pasar.

Terry entró. Iba con las manos sueltas. Los dos soldados entraron también, armados, y se situaron a ambos lados de la puerta.

El Terry Cobourn que Ian Gunther tenía delante no se parecía en nada al joven cadete que golpeó al teniente Gunther, años atrás. En

cambio, Gunther seguía siendo el mismo.

Los dos hombres se miraron intensamente a los ojos. Gunther empezó a levantarse. Su boca se abrió.

—La cirugía plástica ha cambiado mucho tu cara... Demasiado.

—Así es, señor.

—¡Pero yo te tengo muy metido aquí dentro! ¡Te recuerdo como si fuese ahora mismo que nos estábamos peleando en la cuadra vieja de la academia de Buttler!

—Lo recuerdo perfectamente. Puedo decir que conservo únicamente la memoria de aquello.

—¿Te han cambiado también los ojos, Cobourn?

—No.

—¿Te acuerdas del suboficial McPerson?

Terry se movió inquietamente. Parecía estar adivinando la trampa a que le llevaba Gunther. Por esto no contestó.

—¡Fue el que nos separó!

—Sí... Es cierto. ¿Qué quiere usted decir con esto?

—¡Quiero decir que no peleamos en ninguna cuadra, sino en un túnel de pruebas aerodinámicas! ¡Y en la academia no había ningún suboficial llamado McPerson! ¡Ja, ja, ja, mayor Luggan! ¡Ésta sí que es buena!

—No le entiendo, señor.

Terry había retrocedido.

—¡Este hombre no es el Terence Cobourn que yo conocí! ¡Es un impostor!

Terry abatió la cabeza y musitó:

—Sí, señor. Me llamo Bill Mclntish... El verdadero Terry Cobourn murió en Manchuria. Tomé su personalidad porque conocía su vida tan bien como la mía... Lo demás pueden imaginárselo. Regresé de allí con la obsesión de matar al hombre que jamás fue mi padre. Y no paré hasta conseguirlo. Ésa es mi simple historia.

—¿Gregory Mclntish no era su padre? —preguntó Luggar.

—No. Fue el hombre que se casó con mi madre y me dio su nombre. Pero sé que la mató para cobrar un seguro que tenía de ella.

—¡Esto es inaudito! —exclamó el mayor Luggar.

* * *

—¡Esto es inaudito! —habría de repetir también Kurt Flagel, una hora después, frente al hombre que seguía llamando por el nombre de Terry Cobourn—. ¡No eres Terry Cobourn!

—Bueno... Soy el Terry que tú has conocido, pero la suplantación se produjo allá, en Manchuria. Os he dicho toda la verdad, excepto

que yo era Bill y Bill era Terry. Para los efectos, era lo mismo. El que tenía que matar a mi padrastro era yo. Creo que si Terry no hubiese muerto, corroído por la radiactividad, habría hecho lo mismo que he hecho yo.

Atónita, Diana no sabía qué decir. Balbuceó:

—¿No es cierto lo que escribí en la «Historia de una justa venganza»?

—Sí, en esencia. Sólo que cambié un poco los personajes. Si partimos de la guerra hacia atrás, yo soy el ingeniero Bill Mclntish y Terry era el cadete Cobourn. Al cambiar su placa de identificación por la mía, adquirí su personalidad. Mi cuerpo entero había sido cambiado. Ni siquiera podían reconocerme por sus huellas. Pero mi cerebro es el de Bill y mis actos son los de Bill… ¡Y disparé contra mi padrastro, a sangre fría!

—¿Por qué no le denunciaste a la ley? —inquirió Kurt.

—¡Ah, eso sí que no! Había matado demasiado orientales en Manchuria y estaba demasiado entrenado en matar, para privarme del placer de matar por gusto y no por obligación.

»Además no habría cedido ese derecho a ningún verdugo. Gregory Mclntish me pertenecía. Cuando entre él y Eve me enviaron a morir a la guerra estaba asustado. Protesté todo lo que me permitieron, pero no me hicieron caso. Incluso me tildaron de cobarde y eso me encorajinó. Nada podía hacer entonces, excepto no morir, si deseaba volver a vérmelas con aquel hombre. Terry me ayudó mucho. Me salvó la vida y yo le atendí hasta el último instante.

—¿Todo, pues, es cierto? —preguntó Diana, empezando a recobrar la esperanza.

—Sí. La única diferencia es que Gunther me ha reconocido. Yo sabía de él por Terry. No quería encontrármelo, ni a Greet tampoco, por si su memoria le era fiel.

»Sin embargo, oficialmente, sigo siendo Terry. Bill Mclntish murió para el ejército en Manchuria.

—Tu caso ha cambiado notablemente, desde luego —declaró Kurt, sonriendo—. Creo que ahora es mucho más fácil revisar tu causa que antes.

—Para mí es igual —dijo Terry.

—No. Yo te quiero. Nos casaremos, Terry.

—¿Y Kurt?

—Vuelvo con mi padre. Es viejo ya y me necesita… Y hasta creo tener un puesto importante para ti en «Smiorn», Terry.

El aludido sonrió.

—No necesito nada. Gracias. Me vengué y vengué a mi madre.

Creo haber cumplido mi deber.

—La venganza es un pecado, Terry —dijo Diana—. Pero es preferible ser vengativo en un acto justificado, que no un asesino a sueldo.

—Lo que me dio Eve por ejecutar a mi padrastro no compensa ni la centésima parte de lo que me robaron.

—¡Recobrarás tu dinero, Bill!

—No lo quiero. Eso queda para vosotros, los acaparadores de fortunas. Adelante, Kurt. Vuelve con tu padre, hazte un financiero importante y que jamás falte trabajo para nadie. Yo sé lo que es buscar trabajo y no encontrarlo. «Smiorn» tiene agentes muy especiales.

—Efectuaré una revisión a fondo del personal. Creo que para dirigir hombres hay que conocerlos bien. Y algo he aprendido en estos días, a tu lado. Ahora os dejo. Voy a hablar con el mayor Luggar.

Kurt salió y guiñó el ojo a Diana.

Al quedar solos, Terry tomó las manos de la joven, musitando:

—Debo confesarte algo, Diana.

—¿Qué?

—Iba desesperado en busca de la muerte. Quería provocar a Gunther y obligarle a matarme. Pero ignoraba que había sido relevado del mando. Mi intención era echarme a su cuello y apretar hasta convertirme en un asesino auténtico.

—¿Por qué, Terry?

—Por aquel muchacho cuyo nombre usurpo... ¡Y por ti y Kurt! ¿Qué puedo ofrecerte yo? Con Kurt lo tendrás todo.

—En el corazón no se manda, Terry. Y Kurt lo ha comprendido así. Me estaba hablando como a una hermana cuando Bob nos comunicó que te habías ido. Entonces me creí morir, porque intuí que tu intención era sacrificarte por mí.

—Cierto. Lo que pasa es que no tengo suerte... ¡Condenado me vea!

—¡Yo, en cambio, la tengo a raudales, Terry! —exclamó Diana, echando los brazos al cuello de él y buscando sus labios.

* * *

Fue un proceso largo y complicado, pero, al final, Bill Mclntish fue rehabilitado completamente y sé le devolvió, por decreto militar, su auténtica personalidad, rindiéndosele tributos de héroe de guerra y admitiéndosele, en recompensa, en el ejército con el grado de capitán de la reserva.

La historia de Bill Mclntish se demostró totalmente, aunque el

público, en general, habría de quedar siempre en la duda de si era Terry Cobourn o Bill.

Respondiendo a esta pregunta, que le formuló un prestigioso periodista, al terminar su revisión del juicio criminal, del que salió absuelto, Bill dijo:

—Bueno, en realidad, no importa. Terry y yo estuvimos juntos más de cuatro años, la mayor parte del tiempo solos. Él fue tan héroe como yo, si es que yo fui héroe. Vivo gracias a él.

Diana también adquirió mucha fama durante los meses que duró el famoso proceso. Sus reportajes eran leídos ávidamente, porque el público sabía lo directamente ligada que ella estaba en todo el caso.

Y Kurt Flagel también contribuyó muchísimo a conseguir buena prensa para su íntimo amigo, a quien le reservaba el puesto de ingeniero asesor de «Smiorn», con un elevado sueldo, porque Kurt Flagel Jr. era ahora el jefe supremo de «Smiorn» después de la «abdicación» de su padre.

Los dos Kurt Flagel habían sostenido una íntima entrevista con muchos años de retraso. Pero fue mejor que si el padre hubiese explicado a su hijo, de niño, cómo interpretaba él los negocios. De mayor y con experiencia, Kurt Flagel Jr. comprendió mejor a su padre.

No quiso ni ver las pruebas que su progenitor tenía acerca de la muerte de Eloise Flagel. Las destruyó sin leerlas. Luego suplicó a su padre que se retirase a descansar y llevase a su madre a una playa de moda, en Europa.

—Si te necesito, ya te llamaré.

¡El padre pareció renacer en aquel momento! Al fin veía al hijo convertido en un hombre íntegro. Y se fue satisfecho y ufano. Ahora sus negocios estaban en buenas manos.

Diana y Bill Mclntish se casaron un año más tarde.

Y, casualmente, una antigua compañera de Diana, periodista también y corresponsal en Europa de la cadena informativa T.D.C., voló a San Francisco para apadrinar la boda, junto con Kurt Flagel.

La amiga de Diana se llamaba Mary… Vio a Kurt, se sonrojó y… En aquel momento se inició un romance.

F I N

Próximo número:

...Y DESPUÉS LA ETERNIDAD

MARCUS SIDÉREO

BOLSILIBROS TORAY

OESTE



ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.



HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.



RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.

BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE



Aventuras de dos extraordinarios espías.
9 ptas. Publicación quincenal.



Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense... Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.

